
HARLEQUIN
Deseo™
PROFUNDA ATRACCIÓN
CATHERINE MANN

Profunda Atracción

Catherine Mann

La Hermandad Alpha #04

Argumento:

¿Cuánto duraría la aventura?

Cuando la princesa **Mariama** invadió la habitación del hotel del doctor **Rowan Boothe** huyendo de la prensa, la paz y tranquilidad de aquellas festividades desaparecieron para él.

Habían tenido algunos desacuerdos profesionales en el pasado, por eso Rowan no tenía intención de verse implicado en sus problemas… hasta que se toparon con un bebé abandonado.

En ese momento se dio cuenta de que necesitaba la ayuda de Mariama y pronto descubrió que no era una princesa malcriada, sino una mujer muy deseable.

Capítulo 1

La doctora Mariama Mandara nunca había tenido mucho éxito en las clases de gimnasia. Lo cierto era que el atletismo no era lo suyo. Sin embargo, cuando se trataba de deletrear palabras, exponer investigaciones y ganar competiciones de matemáticas, había sido la mejor.

Por desgracia, sus cualidades académicas no le servían de nada para correr más deprisa por el pasillo del lujoso hotel.

Necesitaba darse más prisa que nunca para escapar de los mirones que la acosaban en aquel complejo turístico en la costa de Cabo Verde. Ella se alojaba en Santiago, la mayor de las islas que formaban una especie de Hawái africano.

Pero, por mucho que intentara esconderse, sus acosadores estaban demasiado ansiosos por capturar una foto de la princesa. ¿Por qué no podían aceptar que su presencia allí no era para hacer relaciones públicas, sino para asistir a una conferencia de trabajo?

Jadeando, Mari tropezó con una palmera decorada con luces de Navidad. Dar esquinazo a voraces perseguidores no era tan fácil como parecía en las películas, sobre todo, si no se era experta en volar edificios por los aires ni en saltar por las ventanas. Las escaleras estaban bloqueadas por una pareja de turistas que leía un mapa de la ciudad. Un carrito de la limpieza tapaba la otra salida. Solo podía seguir hacia delante.

Recuperando el equilibrio, continuó caminando deprisa. Si corría, llamaría más la atención o acabaría de bruces en el suelo.

Quería que aquel congreso médico terminara cuanto antes y regresar a su laboratorio de investigación, donde podía refugiarse de la locura de las Navidades, enfrascándose en sus estudios.

Para la mayoría de la gente, la Navidad significaba amor, paz y familia.

Pero, para ella, esa fechas solo despertaban cruentas rencillas familiares, incluso veinte años después del divorcio de sus padres. Si su madre y su padre hubieran vivido cerca o, al menos, en el mismo continente, las vacaciones no habrían sido tan difíciles. Sin embargo, habían jugado al tira y afloja con sus hijos en una interminable batalla transcontinental durante décadas. De niña, se había pasado más tiempo en el aeropuerto y en los aviones que celebrando las fiestas junto a la chimenea.

Incluso, en una ocasión, había tenido que celebrar la Nochebuena en un hotel, cuando su vuelo de conexión había sido cancelado por la nieve.

Por eso, desde que había llegado a la edad adulta y había tomado el control de su vida, Mari prefería que la Navidad fuera lo más sencilla posible.

Aunque la sencillez no estaba siempre al alcance de la mano de una princesa. Su madre se había derrumbado bajo la presión constante que suponía ser la esposa de un príncipe en el oeste africano y había regresado a su Atlanta natal. Mari, sin embargo, no podía divorciarse de sí misma.

Si, al menos, su padre y sus súbditos comprendieran que la mejor manera en que podía servir a su pequeña región era a través de su investigación científica y no sonriendo ante las cámaras y asistiendo a ceremonias de alto rango… Ella prefería las ropas cómodas y sin artificios, en vez de la sofisticada etiqueta real.

Al fin, vio una escalera de servicio despejada y comenzó a subir. Solo necesitaba llegar a la quinta planta, donde estaba su habitación y podía esconderse durante el resto del día antes de acudir a las demás conferencias del simposio. Agotada después de catorce horas de presentaciones de su investigación sobre medicamentos antivirales, estaba hecha un desastre y no tenía ni pizca de ganas de sonreír ni de ser tomada por sorpresa por las cámaras de los móviles de sus admiradoras adolescentes.

Agarrada a la barandilla, comenzó a subir a toda velocidad.

Se detuvo solo un momento en el tercer piso, para tomar aliento. Nada más abrir la puerta que daba a la quinta planta, se topó con una mujer y

su hija adolescente. Cuando la chica se giró para mirarla mejor, como si la hubiera reconocido, Mari le volvió la espalda y comenzó a caminar en sentido contrario.

Maldición, se dijo. No podía darse la vuelta para encaminarse a su habitación hasta que no estuviera segura de que el pasillo estaba despejado. Si, al menos, tuviera algún disfraz que pudiera hacerle pasar desapercibida…

Entonces, por el rabillo del ojo, vio que a su lado estaba la solución perfecta. Un carrito del servicio de habitaciones. Miró alrededor para ver si había alguien de uniforme, pero solo vio a una camarera retirándose.

Mordiéndose el labio un momento, levantó una esquina de la tapa de la bandeja y se le hizo la boca agua al ver un plato de cordero al azafrán y, de postre, tiramisú. Por un momento, estuvo tentada de esconderse con el carrito en un armario y devorarlo todo, pues estaba hambrienta después de un largo día dando conferencias. Cuanto antes pudiera llegar a su habitación, antes podría relajarse, darse una ducha caliente y pedir su propia cena, pensó.

Y llevar aquel carrito era el mejor disfraz que tenía a mano.

Incluso había una chaqueta de camarera colgada en el manillar y una hoja de entrega, donde se explicitaba que la suite A5 era la destinataria de aquellos suculentos manjares.

El sonido de las puertas del ascensor abriéndose le hizo entrar en acción sin pensarlo más.

Mari se puso la enorme chaqueta color verde sobre su traje negro. Un gorro de Papá Noel rojo se cayó del bolsillo de la chaqueta y se lo colocó también, pensando que así se camuflaría todavía mejor. Acto seguido, comenzó a empujar el carrito por el pasillo.

— ¿La veis? — preguntó una adolescente en portugués —. Dicen que la han visto subir al quinto piso.

— ¿Estás segura de que no era el cuarto? — preguntó otra a su vez.

— Muy segura. Preparad el teléfono. Podemos vender estas fotos por una fortuna.

Mari empujó el carrito, bajando la cabeza. Su única oportunidad era entrar en la suite A5, que estaba a unos pasos de ella. Las adolescentes se acercaban.

— Igual podemos preguntar a esa mujer que lleva el carrito si la ha visto…

A Mari se le pusieron los pelos de punta. La cosa podía ser peor de lo que había pensado si la fotografiaban disfrazada.

Sin pensárselo más, llamó a la puerta.

— Servicio de habitaciones.

Nadie respondió. El riesgo de tener que ocultar su identidad ante una persona le parecía menos grave que quedarse allí en el pasillo y tener que enfrentarse a un implacable grupo de jovencitas.

Justo cuando iba a entrar en pánico, se abrió la puerta de la habitación. Sin levantar la cabeza, Mari entró, dejándose envolver por un aroma a jabón masculino.

Entró tan deprisa que se tropezó con el carrito. No era algo muy digno de una princesa, pero ella nunca había sido una chica glamorosa.

A pesar de la urgencia por escapar de sus perseguidoras, le picó el aguijón de la curiosidad. ¿Quién sería el hombre que ocupaba aquella suntuosa suite y olía tan bien?

Sin embargo, Mari no se atrevió a mirarlo. Con la cabeza gacha, echó un vistazo a su alrededor, para ver si había alguien más. Aunque la comida que había pedido era solo para uno. La habitación parecía vacía, con la iluminación baja. Las persianas de los enormes ventanales estaban levantadas y fuera brillaban la luz de la luna y las estrellas. En la costa, las palmeras se mecían con la suave brisa nocturna y algunos yates flotaban rozando el horizonte.

— Se lo prepararé en la mesa — indicó ella, tras aclararse la garganta.

— Gracias — repuso una voz familiar —. Pero puedes dejar el carrito ahí junto a la chimenea.

Mari necesitó menos de un segundo para identificar aquel profundo tono

de voz y se quedó petrificada.

El destino debía de estar carcajeándose de ella. Acababa de escapar de una humillación segura para verse atrapada en otra mayor. De todas las habitaciones del hotel, tenía que haber elegido precisamente la del doctor Rowan Boothe, su mayor enemigo profesional.

Hacía pocas horas, ella había ridiculizado los inventos de aquel hombre en público.

¿Qué diablos estaba haciendo él allí? Mari había revisado la lista de participantes y no había visto su nombre.

Entonces, oyó sus pasos acercándose. Su aroma la envolvió.

Ella mantuvo la mirada baja, rezando porque no la reconociera.

— Lo dejaré aquí entonces. Que tenga un buen día.

Pero el alto y musculoso cuerpo de él le bloqueó el camino.

Le clavó los ojos en el pecho. Sonrojándose, recordó la última vez que lo había visto, en una conferencia en Londres hacía cinco meses. Pero no había podido olvidar su atractivo rostro bañado por el sol, su pelo color arena, ondulado y un poco largo, como el de un hombre demasiado sumergido en sus investigaciones como para molestarse en ir a la peluquería.

— Señorita, ¿hay algún problema? — preguntó él, inclinando la cabeza para poder verla.

Debía mantener la calma, se dijo Mari. Lo más probable era que no la reconociera.

— Feliz Navidad — dijo él, tendiéndole una propina en la mano.

Si no tomaba el dinero, resultaría sospechoso, pensó ella.

Así que agarró los billetes doblados, con mucho cuidado de no rozarle.

— Gracias por su generosidad.

— De nada.

La suya era una voz demasiado aterciopelada y envolvente, sobre todo, cuando provenía de un cuerpo tan perfecto.

Soltando aire, Mari se volvió hacia la puerta y agarró el picaporte para abrir y salir.

— Doctora Mandara, ¿te vas tan pronto? — preguntó él con sarcasmo, a pocos centímetros de ella.

Maldición, la había reconocido.

— Y yo que pensé que te habías tomado la molestia de entrar en mi habitación para seducirme… — añadió él, acariciándole la mejilla con su aliento.

El doctor Rowan Boothe esperó que sus palabras causaran el efecto esperado. Mariama Mandara lo excitaba sin remedio cada vez que la veía.

Sin embargo, ella siempre lo había tratado con desdén. Algo que, tal vez, formaba parte de su atractivo.

Cuando Rowan había rechazado su lucrativo puesto de trabajo como médico en Carolina del Norte para abrir una clínica en África, todo el mundo lo había considerado una especie de santo. Pero él tenía dinero de sobra, después de haber inventado un programa de diagnóstico médico por ordenador, un programa que, por cierto, Mari no dejaba de criticar. Por eso, fundar la clínica no le había supuesto ningún sacrificio y él mismo no se consideraba un filántropo. Al contrario, era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería.

Y, en ese momento, quería tener a Mari.

Aunque, por el gesto horrorizado de ella, su insinuación no había tenido mucho éxito.

Mari abrió y cerró la boca un par de veces, como si se hubiera quedado sin palabras. A él no le importaba. Le bastaba con poder disfrutar de contemplarla. Era una mujer esbelta y bien proporcionada, algo que podía adivinarse a pesar de las ropas demasiado grandes que se había puesto.

— Debes de estar de broma — repuso ella —. No creerás que iba a intentar algo contigo y, menos aun, algo tan burdo.

Maldición, la indignación le hacía estar todavía más atractiva, incluso con aquel gorro de Papá Noel, observó él, sin poder dejar de sonreír.

— No te atrevas a reírte — amenazó ella.

— Bonito gorro.

Con una mueca, Mari se quitó el gorro y la chaqueta de camarera de hotel.

— Te aseguro que, si hubiera sabido que estabas aquí, no me habría escondido en esta habitación.

— ¿Esconderte?

Cuando vio cómo la blusa blanca se le pegaba a los pechos al quitarse la chaqueta, Rowan no pudo evitar excitarse un poco más. Llevaba más de dos años intentando no sentirse atraído por aquella mujer cada vez que la veía, pero no había podido lograrlo. Ni siquiera le había bajado la libido escuchar cómo ella vilipendiaba en sus conferencias el programa de ordenador que él había inventado. La sonrisa se le desvaneció al recordar cómo Mari lo había acusado de deshumanizar la medicina.

Sin embargo… ¡cómo deseaba hacer que ella perdiera su fría coraza y cerrara los ojos pletórica de placer, agotada de gozar bajo las sábanas!

Diablos. Si no controlaba sus pensamientos, le faltaba muy poco para tener una tremenda erección. Era mejor que se concentrara en la razón que la había llevado a su habitación, se dijo a sí mismo.

— ¿Es una especie de espionaje profesional?

— ¿De qué hablas? — replicó ella, estirándose la falda, que le llegaba por debajo de la rodilla.

De nuevo, Rowan fantaseó sin remedio con quitarle esa falda y llenarle de besos la sedosa cara interna de los muslos…

Se aclaró la garganta.

— No te hagas la tonta. No te sienta bien — señaló él. Sabía que Mari tenía una inteligencia privilegiada —. ¿Esperabas obtener información de la última actualización de mi herramienta de diagnóstico?

— Nada de eso — aseguró ella, colocándose el pelo —. No imaginaba que fueras un paranoico, ya que eres un hombre de ciencia. Bueno, más o menos.

— Así que no has venido buscando información — concluyó él, arqueando una ceja —. ¿Entonces qué haces en mi habitación?

Suspirando, Mari se cruzó de brazos.

— Bien. Te lo diré. Pero debes prometerme que no te reirás.

— Palabra de scout — dijo él, llevándose la mano al pecho.

— ¿Has sido boy scout?

Antes de eso, Rowan había ido a un reformatorio del ejército. Sin embargo, no quería recordar esos días en que había hecho cosas por las que nunca podría pagar. Ni aunque se pasara el resto de la vida abriendo una clínica al día. Aunque, al menos, intentaba lavar su conciencia salvando vidas.

— Ibas a contarme qué haces aquí.

Mari se sentó en el brazo del sofá.

— Una bandada de admiradoras reales y de paparazzi me han estado siguiendo para tomarme fotos. Un grupo de adolescentes me estaba esperando con las cámaras de sus móviles listas cuando terminé la última presentación.

— ¿Tu padre no te pone guardaespaldas?

— Prefiero no llevarlos — repuso ella con la barbilla levantada, dejando claro por su tono de voz que no estaba dispuesta a discutir el tema —. Me vi acorralada en el pasillo. La camarera que llevaba este carrito se fue a atender una llamada. Me pareció una buena oportunidad para pasar de incógnito.

Su padre debería haberla obligado a llevar guardaespaldas, pensó él.

— Supongo que debería haber sonreído a las cámaras sin más, pero las fotos que me toman no son… profesionales. Tengo mucho trabajo que hacer y una reputación que mantener — afirmó ella, y apretó los labios frustrada —. No quiero participar en ese circo.

Al ver su expresión de agotamiento, Rowan tuvo deseos de darle un suave masaje relajante en los hombros. Aunque ella le respondiera dándole con la bandeja del carrito en la cabeza.

— Pobre princesita — comentó él, dando unos pasos hacia ella.

— No eres muy amable.

— Eres la única que piensa eso.

— Perdona por no pertenecer a tu club de fans — replicó ella, poniéndose en pie con mirada desafiante.

— ¿De verdad no sabías que era mi habitación? — preguntó él de nuevo, parado a solo unos pocos centímetros de ella.

— No — negó ella con el pulso cada vez más acelerado —. El carrito tenía este número de habitación, no tu nombre.

— Si hubieras sabido que esta era mi suite… ¿habrías preferido rendirte ante la brigada de fotógrafas adolescentes antes que pedirme ayuda?

— Nunca lo sabremos, ¿verdad? — dijo ella, esbozando una suave sonrisa —. Que cenes bien.

Sin embargo, Rowan siguió bloqueándole el paso.

— Hay comida suficiente para los dos. Podrías acompañarme y esconderte un poco más de tiempo aquí.

— ¿Me estás invitando a cenar? — preguntó ella con un brillo de humor en los ojos —. ¿O es que intentas envenenarme?

Rowan alargó la mano y le apartó un mechón de pelo negro de la cara.

— Mari, hay muchas cosas que me gustaría hacer contigo, pero te aseguro que envenenarte no es una de ellas.

Ella lo miró confusa. Al menos, no se rio ni salió corriendo.

De hecho, él hubiera jurado que lo estaba mirando con cierto interés. Qué pasaría si…

De pronto, un gemido lo sacó de su fantasía.

El sonido no provenía de Mari.

Ella también miró hacia el carrito de la comida, mientras el quejido se transformaba en un instante en llanto a pleno pulmón.

— ¿Qué diablos es eso? — inquirió él, mirando a Mari desconcertado.

— A mí no me mires — repuso ella, alzando las manos.

Con dos grandes zancadas, Rowan llegó hasta el carrito, levantó el mantel y, debajo, encontró un bebé.

Capítulo 2

El eco de su llanto resonó en la habitación. Mari miró conmocionada al pequeño. Parecía tan indefenso… No debía de tener más de dos o tres meses. Llevaba un pañal, una camisetita blanca y una manta verde enrollada en las piernas.

— Oh, cielos. ¿Es un bebé? — dijo ella, tragando saliva, sin poder creerlo.

— No es un perrito, desde luego — repuso Rowan, y se agachó junto al carrito. Con la maestría de un médico experimentado, tomó al bebé en sus brazos.

El pequeño dejó de dar patadas y apoyó la cabeza con un suspiro en el pecho de Rowan.

— ¿Qué hace aquí? — inquirió ella, echándose a un lado para dejar pasar a Rowan, rumbo al sofá.

— No soy yo quien ha traído el carrito — repuso él y le metió el dedo al bebé en la boca con suavidad, como si quisiera comprobar algo.

— Bueno, yo no lo puse ahí.

— ¿Está bien? — preguntó ella tras unos segundos en que él seguía examinándolo —. ¿Es niña o niño?

— Niña — informó él, después de volver a colocarle el pañal— .

Debe de tener unos tres meses, más o menos.

— Deberíamos llamar a las autoridades. ¿Y si quien lo ha abandonado sigue en el edificio? — señaló ella —. Antes vi a una mujer alejándose del carrito. Pensé que estaba contestando una llamada de teléfono, pero igual era la madre del bebé.

— Habrá que investigarlo. Espero que las cámaras de seguridad lo hayan grabado. Ahora repasa cada detalle de lo que vas a contarle a las

autoridades, para que no se te olvide nada — sugirió él con tono profesional —. ¿Viste a alguien más cerca del carrito antes de llevártelo?

— ¿No me estarás echando la culpa a mí?

— Claro que no.

Aun así, Mari no pudo evitar sentirse culpable.

— Igual metí la pata al llevarme el carrito. Tal vez no sea un bebé abandonado. ¿Y si su madre solo quería tener a su bebé con ella mientras trabajaba? Debe de estar buscándola como loca.

— O temiendo tener problemas — añadió él con tono seco.

— Tenemos que llamar a recepción ahora mismo — indicó ella.

— Antes de llamar, ¿puedes pasarme la bolsa que había junto a ella en el carrito? Igual tiene alguna pista de quién es. O, al menos, igual hay pañales para cambiarla.

— Claro. Espera.

Mari sacó una bolsa del carrito, dando gracias al cielo porque el bebé estuviera sano y salvo. Solo de pensar que alguien pudiera haberle hecho daño, apretó los dientes con frustración.

Después de entregársela a Rowan, descolgó el teléfono para llamar.

— Un momento, por favor — respondió una voz al otro lado del auricular y, acto seguido, comenzó a sonar un villancico por el hilo musical telefónico.

— Me han dejado la llamada en espera — informó a Rowan con un suspiro.

Él la miró con gesto de desesperación.

— Quien decidiera celebrar un congreso en esta época del año debe de estar mal de la cabeza. El hotel ya estaba lleno de turistas y ahora, encima, también de los asistentes a las conferencias.

— Por una vez, estamos de acuerdo — replicó ella, sin quitarle los ojos de

encima al bebé y a Rowan. Con la pequeña en brazos, estaba todavía más atractivo, así que cambió la vista a la ventana, para pensar en otra cosa.

Los jardines del hotel estaban relucientes de decoración navideña. El país de su padre era una mezcla muy heterogénea de religiones y tenía una arraigada tradición cristiana, establecida por los portugueses.

Aunque Mari no solía celebrar en familia aquellas fiestas ni darles demasiada importancia, tampoco podía ignorar por completo el mensaje de paz y amor de la Navidad. Que un padre abandonara a su bebé en esa época del año le parecía especialmente dramático. Ansiando tomar a la niña en sus brazos para protegerla de todo mal, volvió a posar la vista en Rowan.

— ¿Qué pasa? — preguntó ella, al ver que él rebuscaba dentro de la bolsa con el ceño fruncido.

— Puedes dejar de preocuparte porque alguna madre hubiera traído a su hija al trabajo de incógnito — señaló él, mostrándole una hoja de papel —. He encontrado esta nota.

— ¿Qué dice? — preguntó ella, corriendo hacia él.

— La madre pretendía dejar el carrito, con la niña, en mi habitación — afirmó él y le tendió la nota —. Lee esto.

Doctor Boothe, es usted famoso por su generosidad. Por favor, cuide de mi niña, Issa. Mi marido ha muerto en un enfrentamiento fronterizo y no puedo darle a Issa lo que necesita.

Dígale que la quiero y que pensaré en ella todos los días.

Mari releyó la nota, atónita, sin poder creer que alguien fuera capaz de renunciar a su hijo con tanta ligereza.

— ¿La gente suele dejar bebés en tu puerta de forma habitual?

— Ha pasado un par de veces en mi clínica, pero nunca me había

pasado algo así — repuso él, y le tendió el bebé —. Toma a Issa mientras llamo por teléfono. Tengo algunos contactos que pueden ayudarnos.

Mari dio un paso atrás.

— No tengo mucha experiencia con bebés.

— ¿Nunca trabajaste de niñera cuando ibas al instituto? — preguntó él y se sacó el móvil del bolsillo mientras sujetaba al bebé en el otro brazo —. ¿O las princesas no cuidan niños?

— No fui al instituto. Me llevaron directa a la universidad — contestó ella. Como consecuencia, sus habilidades sociales y su sentido de la moda eran un desastre. Sin embargo, nunca le había importado hasta ese momento, reconoció, alisándose la falda arrugada —. A mí me parece que sujetas a Issa muy bien con un solo brazo.

Y no solo eso. Con la niña en brazos, tenía un aspecto irresistible. No era de extrañar que las revistas del corazón lo hubieran declarado uno de los solteros más deseados.

Sin poder evitarlo, Mari notó que le subía la temperatura.

De todos los hombres del mundo, tenía que sentirse atraída precisamente por Rowan.

Debía de ser una cuestión hormonal, se dijo ella. Cualquier hombre en la misma situación la habría hecho sentir así… ¿o no?

Al menos, eso esperaba Mari. Porque no podía haber otra razón para explicar sus sentimientos hacia un hombre tan poco adecuado para ella.

— ¿Puedo ayudarle? — respondió al fin la telefonista de la recepción del hotel.

Sí, quiso gritar Mari. Necesitaba que Issa estuviera a salvo. Y poner distancia con ese hombre tan atractivo que tenía delante.

— Sí. Han abandonado a un bebé en la puerta de la suite A5, donde se aloja el doctor Boothe.

No había manera de resolver el misterio de la niña abandonada esa noche, se dijo Rowan. La persona que había dejado a Issa en las manos

de un desconocido, amparándose solo en su reputación profesional, debía de andar muy lejos en esos momentos.

Mientras Mari leía los ingredientes de un bote de leche de fórmula, él paseaba con el bebé, después de haberle sacado los gases. También habían pedido más pañales y ropa limpia.

Las autoridades no tenían ninguna noticia de que hubiera desaparecido un bebé que encajara con la descripción de Issa.

Tampoco las cámaras de seguridad del hotel habían captado más que la espalda de una mujer alejándose del carrito. Mari había llamado a la policía, aunque no se habían mostrado muy alarmados, teniendo en cuenta que no había ninguna vida en peligro. El que la resolución del caso se retrasara solo daba más oportunidades a la prensa de descubrir la información. Rowan necesitaba tener las cosas bajo control. Sus contactos podían ayudarle con eso, pero no podían solucionar todo el problema.

Antes o después, la policía se presentaría con alguien se los servicios sociales. Al pensar en que ese bebé podía perderse en los abarrotados orfanatos del país, se le encogía el corazón. Por otra parte, aunque que no podía salvar a todo el que se cruzara en su camino, tampoco podía mirar con impasibilidad a esa pequeña.

Issa eructó de nuevo. Por lo rápido que se había bebido el biberón, Rowan sospechó que tenía más hambre.

— Issa está lista para tomar un poco más, si puedes prepararlo — dijo él.

Mari sacudió el siguiente biberón, mezclando la leche en polvo y el agua mineral con gesto estresado.

— Creo que está ya. Pero igual es mejor que compruebes si lo he hecho bien.

— Estoy seguro de que eres capaz de mezclar leche en polvo con agua, Mari. Tómatelo como si fuera un experimento de laboratorio — afirmó él con una sonrisa.

Al momento, Mari se sonrojó. ¿Tendría idea de lo guapa que estaba?, se preguntó Rowan.

— Si he puesto mal la proporción… — comenzó a decir ella, pasándose la mano por la frente sudorosa.

— No lo has hecho, confía en mí.

Con reticencia, ella le tendió el biberón, mirando a la niña.

— Es que parece tan frágil…

— Pues a mí me parece sana, bien alimentada y limpia — señaló él. Sin duda, alguien se había ocupado de cuidar bien a Issa antes de abandonarla. ¿Estaría su madre arrepintiéndose ya de su decisión? Eso esperaba —. No hay ninguna señal de que haya sido maltratada.

— Es adorable — comentó ella con una sonrisa llena de ternura.

— ¿Seguro que no quieres tenerla en brazos mientras hago una llamada?

Mari meneó la cabeza.

— ¿Vas a llamar a tus contactos?

Rowan sonrió ante su intento de distraerlo y librarse de que le pasara al bebé. Por otra parte, no pensaba compartir con ella la información de sus nada ortodoxos amigos.

— Sería más fácil si no tuviera que darle el biberón mientras hablo por teléfono.

— De acuerdo, si crees que no se va a romper… Pero deja que me siente primero.

Ver a Mari tan insegura y con aspecto tan vulnerable era nuevo para Rowan. Ella siempre inundaba la sala de conferencias con su seguridad y su sabiduría, aunque él no estuviera siempre de acuerdo con sus conclusiones. Sin embargo, el aspecto de indefensión que tenía en ese momento la hacía todavía más encantadora.

— Solo debes sujetarle bien la cabeza y mantener el biberón vertical, para que no trague aire — aconsejó él, colocando a Issa en sus brazos.

Mari miró el biberón con escepticismo antes de metérselo a la niña en la boca.

— Deberían inventar algo más preciso.

Al inclinarse, le envolvió el suave aroma floral de ella. Vio cómo el pulso le latía acelerado en el cuello y tuvo ganas de besarla justo ahí para saborear e inhalar su olor.

Cuando sus miradas se entrelazaron, Rowan creyó percibir algo parecido al deseo en los ojos de ella.

— Rowan… haz esa llamada ya, por favor — pidió Mari en un susurro.

Sí. Era buena idea pensar cuanto antes qué iba a hacer con el bebé… y con ella, se dijo Rowan, y salió al balcón. El aire de la noche era cálido y agradable. Desde la barandilla, podía ver a Mari con la niña, aunque estaba seguro de que ella no podría oírlo. Mejor, pues no deseaba que nadie supiera nada de aquellos viejos contactos que tenía desde el instituto.

Después de que hubiera sufrido un accidente de coche por conducir borracho en la adolescencia, Rowan fue enviado a un reformatorio militar, donde se juntaban chicos rebeldes como él. Allí entabló amistad para toda la vida con un grupo que se hacía llamar la Hermandad Alfa. Años después de licenciarse en la universidad, a todos les sorprendió saber que el jefe de su grupo había alcanzado un puesto destacado en la Interpol.

Incluso había reclutado a unos cuantos de sus viejos amigos como agentes colaboradores y tenían contactos importantes.

Rowan solo tenía que desempeñar alguna misión de vez en cuando y estaba orgulloso de hacerlo. Le gustaba sentir que hacía algo por luchar contra el crimen.

— Dime, Boothe — respondió una voz al otro lado del teléfono.

— Coronel, necesito su ayuda.

— Qué novedad — dijo el coronel, riendo —. ¿Otro de tus pacientes tiene problemas? O…

— Es un bebé, señor.

— ¿Tienes un bebé? — preguntó el coronel.

— No es mío — aclaró Rowan. Él nunca había pensado tener niños. Su vida estaba dedicada al trabajo. No sería justo para su hijo tener que competir con las necesidades del Tercer Mundo para recibir su atención. Aun así, posó con añoranza los ojos en Mari, que acunaba a la niña en sus brazos —. Alguien ha abandonado a una niña en mi habitación con una nota en la que me pide que me ocupe de ella.

— Yo siempre he querido tener una hija — comentó con nostalgia el coronel Salvatore, mostrando su lado más tierno, el que apenas nadie conocía —. ¿Y qué dicen las autoridades?

— Nadie ha denunciado su desaparición. Las cámaras de vigilancia tampoco nos dan muchas pistas, excepto la de una mujer alejándose del carrito donde fue abandonada. La policía no parece muy preocupada por el caso y todavía no ha hecho acto de presencia. Por eso, necesito que me eches una mano.

— ¿Cómo?

— Los dos sabemos que los servicios sociales de atención a la infancia en Cabo Verde son desastrosos — comenzó a explicar Rowan, mientras un plan iba tomando forma en su cabeza— .Quiero la custodia temporal del bebé mientras las autoridades buscan a su madre o le encuentran un hogar.

Quizá Rowan no era el mejor candidato para cuidar del bebe, pero con él estaría mucho mejor que en un orfanato. Y, si alguien lo ayudaba…

Su vista volvió a posarse en la mujer que sostenía a Issa en brazos en el salón. Mari encajaba a la perfección en su plan y, además, eso implicaría pasar más tiempo con ella.

Sin embargo, había demasiados inconvenientes. ¿Cómo iba a convencerla para que lo ayudara? Mari no parecía cómoda ni siquiera dándole el biberón a la pequeña.

— Disculpa por preguntarte algo tan obvio, pero ¿cómo diablos piensas jugar a ser papá y salvar el mundo al mismo tiempo?

— Será solo temporal — aseguró Rowan, pensando que ni Mari ni él

podrían permitirse cuidar de un bebé a largo plazo. Estaban demasiado volcados en sus trabajos —. Y alguien va a…ayudarme.

— Ah. Entiendo.

— ¿Lo entiendes? — preguntó Rowan, molesto por ser transparente.

— Después de que mi mujer me dejara, cuando me tocaba estar con nuestro hijo los fines de semana, siempre tenía problemas para encontrar los conjuntos adecuados para vestirlo. Por eso, ella me lo mandaba todo conjuntado — señaló Salvatore, e hizo una pausa —. Pero, una vez, mi hijo revolvió su maleta y lo mezcló todo. Yo hice todo lo que pude, aunque parece ser que unos pantalones verdes, una camisa naranja a rayas y botas de vaquero no combinan muy bien.

— No me digas — repuso Rowan, sonriendo al imaginarse a Salvatore, siempre tan compuesto y arreglado, paseando junto a un niño vestido de esa guisa.

— Claro que yo me daba cuenta de que no combinaba, pero no sabía cómo arreglarlo. Al final, aprendí una valiosa lección.

Cuando estás en el supermercado con un niño vestido así, todas las mujeres disponibles comprenden al instante que eres un padre divorciado.

— ¿Utilizabas a tu hijo para ligar?

— No a propósito. Pero eso era lo que pasaba. A mí me parece que piensas utilizar la misma estrategia con esa persona que va a ayudarte.

Lo había calado a la perfección, se dijo Rowan. Aun así, sintió la necesidad de defenderse.

— Pediría ayuda con el bebé aunque Mari no estuviera aquí.

— ¿Mariama Mandara? ¿Te gusta la princesa de Cabo Verde?

Rowan, sin embargo, a menudo olvidaba que era princesa.

Pensaba en ella como científica y colega profesional, aunque a veces fueran adversarios. Pero, sobre todo, la veía como una mujer muy deseable. De todos modos, no era algo de lo que le apeteciera hablar

con Salvatore.

— ¿Podemos centrarnos en el tema? ¿Va a poder ayudarme a encontrar a sus padres?

— Claro que sí — afirmó el coronel, usando de nuevo un tono serio y profesional.

— Gracias, señor. Se lo agradezco mucho.

— Mándame fotos, huellas digitales y toda la información que puedas reunir. Y buena suerte con la princesa — añadió Salvatore con una risita antes de colgar.

Rowan inspiró el aire salado del mar antes de regresar al salón. Odiaba estar encerrado en una habitación de hotel y estaba deseando volver a su clínica, rodeada de espacios abiertos y de gente a la que podía ayudar de forma práctica, en vez de perder el tiempo dando conferencias.

Lo malo era que, cuando regresara a su clínica, su tiempo con Mari acabaría.

Cuando entró en el salón, ella no levantó la vista del bebé.

Lo estaba sosteniendo con ambos brazos, envolviéndolo en su regazo con gesto protector. Aunque ella pensara que no sabía nada de niños, su instinto maternal parecía funcionar a la perfección. Él había visto a suficientes madres en su trabajo como para distinguir a las que podían tener problemas de las que no tenían dificultad en detectar las necesidades de un niño.

— ¿Qué tal está Issa?

— Se ha terminado el todo el biberón — respondió ella, levantando la cabeza.

— ¿Cómo es que estás aquí todavía? Tus fans deben de haberse ido ya.

Al decir eso, Rowan se dio cuenta de que debía hablarle a Salvatore de esos fans que acosaban a Mari. Quizá el coronel podía ofrecerle protección.

— ¿Mari? ¿No vuelves a tu habitación? — repitió él.

— Me siento responsable de ella — admitió Mari, acariciándole a la pequeña la mejilla —. Y la policía querrá interrogarme. Si estoy aquí, será más rápido.

— No hay muchas probabilidades de que encuentren a sus padres esta noche, ¿lo sabes?

— Sí, ya imagino — repuso ella y le limpió a la niña una gota de leche de la comisura de los labios —. Eso no significa que no tengamos pronto buenas noticias.

— Pareces en tu salsa con Issa. Antes dijiste que nunca habías cuidado a un bebé.

— Siempre he estado muy ocupada estudiando — afirmó ella, encogiéndose de hombros.

— ¿No había niños en tu familia? — quiso saber él, sentándose a su lado y dejándose envolver de nuevo por su perfume. De pronto, tuvo una tremenda curiosidad por averiguar a qué flor olía.

— Como mis padres eran hijos únicos, nunca tuve primos.

Tampoco tuve hermanos.

Aquello era lo más parecido a una conversación personal que Rowan había tenido nunca con ella. Además, Mari parecía relajada y había dejado su habitual actitud a la defensiva.

¿Y si alargaba el brazo y le rodeaba la espalda por el respaldo del sofá?, se dijo Rowan. Sin embargo, mientras ella lo miraba a los ojos, fue incapaz de hacer ningún movimiento, temiendo romper la conexión que acababa de establecerse entre los dos.

En teléfono sonó en ese mismo instante.

Mari se sobresaltó. El bebé lloró. Y Rowan sonrió. Estaba decidido a explorar el persistente deseo que lo había asediado desde la primera vez que había visto a aquella excitante mujer.

Capítulo 3

Mari paseaba delante de la ventana del salón, mientras Rowan hablaba con la policía local.

Había demasiadas cosas que no encajaban. Habían abandonado a la niña, aunque olía a limpio y tenía las uñas de pies y manos bien cortadas. ¿Era posible que alguien la hubiera raptado como venganza? Cuando había sido pequeña, a Mari siempre le habían advertido del peligro de que alguien quisiera lastimarla para hacer daño a su padre. Al mismo tiempo, había tenido dificultades en confiar en la gente, pues muchos habían pretendido usarla para llegar hasta su padre también.

Sacándose de la cabeza aquellos pensamientos, se centró en el diminuto ser que respiraba en sus brazos y la miraba con total confianza. ¿Se parecería a su madre o a su padre? ¿La estarían echando de menos?

La acababa de conocer hacía apenas un par de horas…¿cómo era posible que sintiera tanto cariño por ella?, se preguntó, sin poder contenerse de darle un beso en la frente.

Enseguida, comprobó que Rowan seguía hablando por teléfono, ajeno a su momento de debilidad.

Hasta con vaqueros, era el hombre más guapo que había visto jamás. Tenía anchos hombros, piernas fuertes y exudaba poder y riqueza sin proponérselo. ¿Cómo podía ser tan atractivo y molesto al mismo tiempo?

Rowan colgó, se volvió hacia ella y la sorprendió observándolo.

— ¿Qué ha dicho la policía? — inquirió ella, sin apartar la mirada mientras mecía al bebé.

— Están llegando al hotel — informó él, acercándose —. Van a llevársela.

— ¿Llevársela? — dijo ella, abrazando a Issa con más fuerza— .¿Se la van a llevar dentro de unos minutos? ¿Han dicho adónde?

Yo también tengo contactos. Igual pueden ayudar.

Él la miró con gesto compasivo.

— Ambos sabemos adónde van a llevarla. La enviarán a un orfanato local, mientras la policía utiliza sus limitados recursos para buscar a sus padres, junto a los de otros cientos de niños abandonados. Es duro, lo sé. Pero es así.

— Lo entiendo — afirmó ella, aunque lo que ansiaba era poder proteger siempre a ese bebé y a todos los que vivían en la pobreza.

— Sin embargo, podemos hacer algo para evitarlo — indicó él, tomando a Issa de sus brazos.

— ¿Qué? — inquirió ella con un atisbo de esperanza.

— Solo tenemos unos minutos hasta que llegue la policía, así que tenemos que ser rápidos. Creo que deberíamos ofrecernos a cuidar de Issa.

Mari se quedó atónita.

— ¿Cómo dices?

— Los dos somos adultos capaces y cualificados — continuó él—

. Quedárnosla sería lo mejor para ella.

Con piernas temblorosas, Mari se dejó caer en el sofá. No era posible que hubiera escuchado bien.

— ¿Qué has dicho?

Rowan se sentó a su lado, rozándola con sus fuertes muslos.

— Podemos tener la custodia temporal de Issa, solo durante un par de semanas, mientras averiguan si tiene parientes biológicos que puedan hacerse cargo de ella.

— ¿Has perdido la cabeza? — replicó Mari. Aunque, tal vez, era ella quien había perdido la razón, porque se sentía muy tentada de secundar su plan.

— No creo.

Llevándose la mano a la frente, Mari pensó en cómo podría encajar aquello con su trabajo. También le preocupaba el circo que la prensa podía montar a su costa.

— Es una decisión muy importante que deberíamos pensar bien.

— En la práctica médica, me he acostumbrado a pensar rápido. No siempre tengo el lujo de hacer un concienzudo examen a mis pacientes antes de actuar — señaló él —. Por eso, he aprendido a confiar en mi intuición. Y mi instinto me dice que quedarnos con el bebé sería lo correcto por el momento.

Anonadada, Mari se quedó mirándolo. En el fondo, tenía que reconocer que prefería imaginar a Issa con él que en algún orfanato.

— ¿Serías su tutor temporal?

— Tendremos más posibilidades si nos ofrecemos a cuidar del bebé como pareja. Los dos — indicó él con tono grave —. Piensa en la publicidad positiva que te daría. Los medios hablarían de tu gesto filantrópico y te dejarían en paz durante las vacaciones de Navidad.

— No es tan sencillo. La prensa puede tergiversar las cosas o inventar rumores sobre nosotros — protestó ella. ¿Y si pensaban que el bebé era suyo?, se dijo, cerrando los ojos —. Necesito más tiempo.

Cuando sonó el timbre de la puerta, a Mari le dio un brinco el corazón.

— Issa no tiene tiempo, Mari — le urgió él, acercándose a pocos centímetros —. Tienes que decidirlo ahora.

— Pero podrías ocuparte tú solo…

— Quizá las autoridades estén de acuerdo, pero igual no.

Tendríamos más posibilidades con tu ayuda — insistió él, acunando al bebé —. Ninguno de los dos esperábamos esto, pero es lo que tenemos.

Puede que no estemos de acuerdo en muchas cosas, pero ambos nos dedicamos a ayudar a los demás.

— Quieres hacerme sentir culpable — le acusó ella. Y lo cierto era que su sentido de la culpa al pensar en dejar al bebé en un orfanato estaba empezando a ganar la partida.

— Bueno, las personas acostumbradas a ayudar a gente en situaciones críticas usamos cualquier medio a nuestro alcance para conseguirlo — repuso él, mirándola con genuina preocupación —. ¿Lo estoy consiguiendo?

Mari no dudaba de sus motivaciones, ni de su espíritu altruista. Encima, al verlo mecer a Issa, no pudo seguir resistiéndose a su plan.

— Abre la puerta y lo sabrás.

Tres horas después, Rowan cerró la puerta de su habitación, tras despedir a la policía. Tenían un montón de papeles sobre la mesa, que hacían oficial la nueva situación. Mari y él tenían la custodia temporal del bebé, mientras las autoridades intentaban encontrar a sus padres.

Issa dormía en una cunita, sana y salva.

Mari suspiró aliviada, dejándose caer en el sofá. Lo había hecho. Había aprovechado su influencia como princesa y había ordenado a la policía que aceptara su petición de ocuparse de Issa hasta el final de las fiestas, al menos, dos semanas más, o hasta que consiguieran información sobre sus padres. Había aceptado cuidar del bebé con Rowan Boothe, un médico dedicado a salvar vidas. Los policías se habían mostrado aliviados de tener el problema resuelto con tanta facilidad.

Habían tomado fotos del bebé y sus huellas digitales, aunque no se habían mostrado muy optimistas respecto a dar con sus familiares.

— ¿Puedes traerme el maletín médico para que examine a la niña más a fondo? — pidió Rowan, dándole un suave y cálido apretón en el hombro —. Está en el baño que hay en el dormitorio, junto a mi neceser. Me gustaría auscultarla.

Mari se derritió por aquel sencillo contacto. Estaba demasiado cansada para combatir el deseo que la poseía, así que se fue al dormitorio a

hacer lo que le había pedido. Allí, miró a su alrededor y vio huellas de Rowan por todas partes. El balcón tenía las puertas abiertas y, sin poder evitarlo, pensó en lo romántico que sería sentarse allí fuera con él, bajo las estrellas…

Cielos, ¿se estaba volviendo loca? No debía tener esas fantasías, se reprendió a sí misma. Sin embargo, sin querer, se fijó en la cama de matrimonio, con un libro en la mesilla de noche, y se lo imaginó tumbado allí, leyendo, con muy poca ropa… Apartó la vista.

En el baño, el aroma de él la envolvió, haciendo que sus terminaciones nerviosas se excitaran un poco más.

Pero el llanto de Issa le recordó qué estaba haciendo allí.

Tomó el maletín de cuero gastado, con el nombre de Rowan grabado en una pequeña placa de bronce, y regresó con él al salón. Rowan dejó a un lado el biberón vacío y se puso a la niña apoyada en el hombro, dándole suaves golpecitos en la espalda.

¿Cómo iban a cuidar del bebé juntos? Mari no tenía ni idea.

Por primera vez en su vida, ella había hecho algo irracional por completo. El hecho de que Rowan Boothe tuviera tanta influencia sobre ella la conmocionaba sobremanera.

Tenía que descansar y aclarar sus ideas cuanto antes, se dijo Mari. Y, sobre todo, dejar de babear por el seductor olor de aquel hombre.

Rowan estaba sentado delante de su ordenador. Había enviado una copia de toda la información al coronel Salvatore, incluida la nota que habían encontrado con el bebé.

Aunque no sabía cuánto tardarían en tener noticias de los padres de Issa, al menos, se alegraba de haber convencido a Mari de ayudarlo. Su motivación era, en parte egoísta, pues quería pasar más tiempo con ella y conocerla mejor.

Escuchó los pasos de Mari acercándose y su aroma a flores lo invadió. Ella estaba parada a su espalda, leyendo la nota que había digitalizado en la pantalla del ordenador.

— ¿Esa mujer ha abandonado a su bebé con un extraño y dice que la quiere?

— No te conmueve su situación, supongo.

— Lo que me conmueve es esta niña y qué pasará con ella si no le encontramos una familia que la cuide.

— Espero que mis contactos tengan información cuanto antes — señaló él. ¿Y si Salvatore tenía noticias al día siguiente? Eso le recordaba que tenía que aprovechar al máximo el tiempo que tenía para estar con Mari —. Hablemos de cómo vamos a cuidar del bebé durante el congreso.

— ¿Ahora? — preguntó ella, sorprendida —. Es más de medianoche.

— Tenemos que ocuparnos de cosas, como encargar ropita para bebé o hablar con el servicio de niñera del hotel. Solo quiero concretar los detalles del plan.

Cuando Mari se quedó mirándolo con su rostro angelical y, al mismo tiempo, teñido de preocupación, Rowan tuvo ganas de abrazarla contra su pecho y decirle que él se ocuparía de todo.

En vez de eso, acercó una silla y le indicó que se sentara.

— Aunque vayamos a estar con Issa de forma temporal, necesitamos planificarlo todo bien.

— De acuerdo — aceptó ella —. Yo la traje aquí. Siento que es responsabilidad mía.

Vaya, al parecer, Mari no estaba deseando salir corriendo, caviló él.

— ¿Tienes la intención de cuidarla personalmente?

— Puedo contratar a alguien — repuso ella.

— Ah, claro. Eres una princesa con infinitos recursos — bromeó él.

— ¿Me estás llamando malcriada? — se defendió.

— Nunca me atrevería a insultarte, princesa.

— Está bien. Cuéntame, entonces, cuál es tu plan.

— Podemos fingir que estamos saliendo y, por lo tanto, vamos a pasar estas vacaciones de Navidad juntos y nos hemos ofrecido a cuidar al bebé. ¿Qué tal suena?

— ¿Qué? ¿Crees que la gente va a creer que hemos pasado de ser adversarios profesionales a convertirnos en amantes así, sin más?

Rowan observó cómo a ella se le aceleraba el pulso en el cuello.

— ¿Amantes, eh? Me gusta cómo suena eso.

— Tú has dicho…

— He dicho que salimos juntos — la corrigió él —. Pero me gusta más tu plan.

— No es ningún plan — le rebatió ella —. Esto es una locura.

— Es un plan y funcionará. La gente lo creerá. Todo el mundo querrá saber más sobre la bella princesa enamorada que actúa como una buena samaritana en Navidad. Si tienen una verdadera historia llena de humanidad que contar sobre ti, no necesitarán inventarse nada.

Mari abrió mucho los ojos, llena de pánico. Rowan la había presionado todo lo que había podido esa noche. Al día siguiente, tendría más tiempo para seguir intentándolo.

— Es hora de irse a la cama — dijo él.

— Esto… — balbució ella, poniéndose en pie —. ¿A la cama?

En sus ojos, Rowan adivinó con satisfacción que ella se los había imaginado a los dos juntos en la cama. Pero era mejor esperar un poco a que estuviera más dispuesta a explorar la atracción que bullía entre ambos.

— Sí, Mari, a la cama. Yo vigilaré al bebé mientras tú duermes esta noche y, si te parece bien, mañana podemos alternar el turno de noche.

Ella parpadeó, perpleja.

— Ya. ¿Pero estás seguro de que podrás ocuparte del bebé por la noche y estar bien despierto para asistir a las conferencias durante el día?

— Soy médico. He empalmado turnos de noche y de día en el hospital muchas veces. Estaré bien.

— Claro. Entonces, llamaré a recepción para cambiarme a una suite más grande, para tener sitio suficiente para el bebé y la niñera que la cuide durante el día.

— No es necesario. Esta suite es lo bastante grande para todos.

— ¿Cómo has dicho? — preguntó ella con la boca abierta.

— He dicho que es lo bastante grande para todos — repitió él con calma, mirándola a los ojos —. Si vamos a cuidar del bebé, debemos estar juntos. Ya he pedido al conserje que recojan tus cosas y las traigan aquí.

Mari empezó a respirar más deprisa, mientras las deliciosas curvas de sus pechos subían y bajaban bajo la blusa.

— Veo que has hecho planes por tu cuenta.

— A veces, adelantarse a los acontecimientos es lo mejor — repuso él. Si no, nunca habría tenido la oportunidad de compartir tiempo con ella, pensó —. Un botones traerá tu equipaje enseguida, junto con más ropa para el bebé.

— ¿Aquí? ¿Los dos… los tres… en una suite? — balbució Mari.

Sintiéndose victorioso, Rowan se percató de que ella no se había negado.

— Hay mucho sitio. Tú puedes tener tu propia habitación, a menos que quieras dormir en la mía — dijo él con una sonrisa— .

Para que lo sepas, a mí no me importaría.

Capítulo 4

Mientras se abotonaba la chaqueta al día siguiente, Mari no podía creer que hubiera pasado la noche en la suite del doctor Rowan Boothe, aunque en otra habitación, por supuesto. Él se había ocupado del bebé durante la noche.

Se recogió el pelo en un moño. Su aspecto seguía siendo el de una académica no demasiado cuidada. Contra todo pronóstico, había dormido mejor que nunca.

Pronto, el mundo lo sabría. Las cámaras comenzarían a perseguirla y los periodistas hambrientos tratarían de indagar en los detalles. ¿Y si se cebaban en la atracción que había entre Rowan y ella?

Después de ponerse unos zapatos bajos azules, se dirigió al salón. Allí, se apoyó en el quicio de la puerta, contemplando la bella estampa que hacía Rowan con Issa apoyada en el hombro.

Con sus influencias, podía asegurarse de que la investigación fuera lo más eficiente posible. En esos días, además, con los avances en las pruebas de ADN, nadie podía hacerse pasar por familiar de Issa si no era cierto.

Mari no pensaba irse a ninguna parte ni dejar a la niña, excepto para dar la conferencia que tenía programada ese día.

Luego, se la llevaría a dar un paseo con Rowan.

La habitación tenía todo el aspecto de ser la guarida de un bebé. Por todas partes había ropita y accesorios que Rowan había encargado para Issa. Una bañera portátil descansaba sobre la cómoda, junto a un monitor para escucharla a distancia, un balancín, una sillita para el coche y suficientes pañales para varios meses.

También había pedido una niñera para que se ocupara de la pequeña durante el día. Estaba imponente con un traje negro de Savile Row,

corbata roja y el pelo rubio húmedo y peinado hacia atrás.

¿Cómo era posible que hubiera estado cuidando de Issa durante toda la noche y, aun así, estuviera tan arrebatador y bien compuesto?

Cuando Rowan la miró a los ojos, Mari se estremeció. ¿Qué tenía ese hombre para causarle un efecto tan poderoso? En una sola tarde, había conseguido encontrar su punto débil y convencerla para que hiciera lo impensable.

Mari no podía reemplazar a la madre de la niña, aunque podía asegurarse de que estuviera bien cuidada. Para lograrlo, debía dejar de pensar en el carismático hombre que había frente a ella.

— Buenos días. En esa bandeja tienes café y bollería — indicó él.

A ella se le hizo la boca agua, tanto por el desayuno como por el hombre. Se acercó a la encimera y se sirvió una taza de café.

— ¿Ha dormido bien?

— No ha dormido tan mal, teniendo en cuenta que ha experimentado un gran cambio en las últimas veinticuatro horas — comentó él —. Esta noche, podríamos salir con Issa a cenar de incógnito. Si mañana la policía todavía no ha averiguado nada sobre su familia, lo haremos público.

¿Salir a cenar? ¿Hacer público su plan? A Mari se le aceleró el corazón. Sin embargo, era demasiado tarde para echarse atrás. Quizá, la noticia ya se había filtrado a la prensa y pronto todos los sabrían.

Si la familia de Issa no aparecía al día siguiente, Mari tendría que llamar a sus padres y hablarles de su extraña asociación con Rowan.

Aunque, tal vez, Issa estaría de vuelta con sus familiares antes de la cena, se dijo ella. Eso sería lo mejor. ¿O no?

Rowan colocó al bebé en su balancín e hizo sonar una nana.

— A la hora de comer, vendré a ver si Issa está bien con la niñera — señaló Mari, tras aclararse la garganta.

— Buena idea. Gracias — repuso él, tomando una taza de café en sus

fuertes manos.

Ella se encogió de hombros. No le costaba nada perderse la comida.

— No es un gran sacrificio. A nadie le gusta la comida que dan en los congresos.

Rowan rio.

— Aprecio mucho que me estés ayudando.

— No me dejaste otra elección.

— Todos tenemos elección.

Por supuesto. Rowan tenía razón. Ella podía irse y dejarlo solo, pero se sentía demasiado responsable de la situación.

Relajándose, se sentó a la mesa, mientras el sol de la mañana le bañaba el rostro.

— Claro que lo hago por propia voluntad, por el bien de Issa.

No tiene nada que ver contigo en absoluto — aseguró ella.

— ¿Ah, sí? Creí que habíamos dicho que no íbamos a jugar.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó ella, apartando la mirada.

— Bien, te lo explicaré — dijo él, dejó su taza y se sentó a su lado, con las rodillas casi rozándose —. Todo este tiempo, te habías propuesto atacar mis avances y mantener las distancias conmigo. Ahora dices que has elegido quedarte por el bebé, pero los dos sabemos que hay algo más. Hay química, saltan chispas entre nosotros. No puedes negarlo.

— Esas chispas son parte de nuestros… desacuerdos.

— ¿Desacuerdos? Has denunciado mi trabajo públicamente.

Eso es algo más que un desacuerdo.

— ¿Ves? Saltan chispas, pero solo eso.

Él la miró con desconfianza.

— Mari, se te da muy bien desviarte del tema.

— Nada de eso. Estamos hablando de nuestro trabajo. Tú te niegas a aceptar que yo vea las cosas de otra manera. Te has propuesto ignorar cualquier crítica pertinente que pueda hacer de tus inventos tecnológicos. Soy una científica.

— ¿Entonces por qué atacas mi programa de diagnóstico? — quiso saber él, pasándose la mano con exasperación por el pelo.

— Pensé que estábamos decidiendo qué era mejor para Issa.

— Princesa, me estás volviendo loco — replicó él, recostándose en su asiento, frustrado —. Estamos aquí por Issa, pero eso no significa que no podamos hablar de otras cosas, así que deja de cambiar de tema cada cinco segundos. Para que podamos llevarnos bien, necesito que hablemos del desprecio público que muestras por mi trabajo.

— Tu programa es como la caricatura de un diagnóstico. Es demasiado instantáneo. Es como hacer comida rápida de la medicina. No toma en cuenta las suficientes variables — señaló ella y calló, esperando que él explotara.

Rowan respiró hondo antes de responder.

— Entiendo tu punto de vista. Y, en cierto modo, estoy de acuerdo. Me encantaría poder dar a todos los pacientes el mejor tratamiento personalizado en la mejor clínica del mundo. Pero pretendo cubrir las necesidades sanitarias de las masas con un número reducido de profesionales médicos. El programa de ordenador nos ayuda atender a más gente, más deprisa.

— ¿Y la gente que usa el programa para beneficio propio?

— ¿Qué quieres decir? — preguntó él.

— No puedes creer que todo el mundo sea tan altruista como tú. ¿Y las clínicas que usan el programa para tratar a más pacientes y, así, hacer más dinero?

Rowan apretó la mandíbula.

— No puedo ser la conciencia de todo el mundo. Solo puedo enfrentarme a los problemas que tengo delante. Solo pretendo ayudar. Si pudiera elegir, preferiría tener más médicos, enfermeras, matronas y ayuda humana, claro. Pero debemos arreglarnos con lo que tenemos y lograr ser lo más eficientes posibles con las herramientas al alcance de la mano.

— ¿Así que admites que el programa tiene sus fallos? — inquirió ella, sin poder creerlo.

— ¿Esa es la única conclusión que has sacado de lo que acabo de decir? — replicó él, levantando las manos al cielo —. Soy un hombre práctico y tú eres una idealista en tu torre de marfil, alejada de los problemas reales de las personas. Siento si te molesta escucharlo.

Mari apretó los labios y se contuvo.

— Cuando te acaloras, te pones muy sexy.

— ¿Esa es la frase que usas para ligar? — preguntó ella, sorprendida.

— Nunca la había usado antes — contestó él, acercándose hasta que sus bocas quedaron a unos milímetros —. Tendrás que decirme si funciona.

Antes de que Mari pudiera tomar aliento, él la besó con suavidad en los labios. El cuerpo de ella se inundó de calidez, mientras notaba cómo aquel primer beso se grabaría a fuego en su memoria para siempre.

Mari posó una mano temblorosa en el pecho de Rowan, sintiendo su corazón acelerado. El beso no había sido como ella había imaginado. Había esperado que fuera un hombre salvaje y no que la sostuviera como si fuera una copa de fino cristal.

Mientras, él la acariciaba en los sitios adecuados, haciendo que ella se derritiera.

Quería más, reconoció Mari para sus adentros, presa del deseo. El beso, cada vez más incendiado, los estaba acercando a un punto de no retorno, a punto de deshacerse de sus ropas y sus inhibiciones. Pero, por

muchas razones, era demasiado arriesgado.

Para empezar, alguien podía descubrirlos. Y Mari no quería que una foto suya de esa guisa se hiciera pública en Internet.

Al momento, sin embargo, Rowan se apartó. Mari se sintió avergonzada porque hubiera sido él el primero en recuperar la cordura.

Con un solo beso, aquel hombre había puesto su mundo patas arriba. Ella, que jamás perdía el control…

— ¿Rowan? — llamó Mari, mientras él caminaba hacia la puerta, dándole la espalda.

— Han llamado al timbre — dijo él —. La niñera ha llegado.

Llevándose los dedos a los labios, Mari se preguntó si separarse de él durante todo el día bastaría para recomponer sus defensas.

Rowan empujaba el carrito del bebé por la calle, junto a los vendedores ambulantes que poblaban la acera. Aunque iban seguidos de guardaespaldas, él estaba atento a cualquier problema que pudiera surgir en su camino.

A su lado, Mari hacía lo mismo. Llevaba la falda y la blusa que se había puesto durante el día, con un pañuelo en la cabeza y unas grandes gafas de sol para pasar desapercibida.

Una banda estaba tocando villancicos, mientras un grupo de niños bailaba. Los nativos y los turistas se mezclaban en la multitud, hablando en numerosos idiomas.

Esa noche, al fin, Rowan había conseguido que Mari saliera con él. Estaban a solas, a excepción del bebé, los guardaespaldas y el gentío que los rodeaba, claro.

Los últimos rayos de sol envolvían a Mari en un tono dorado. Ella no había dicho palabra de el beso que habían compartido, algo que él había interpretado como una victoria.

Era obvio que se había sentido tan excitada como él. Y que no había huido. Más que nunca, estaba decidido a acercarse a ella, a probar más

aquellos jugosos labios.

Sin embargo, era lo bastante listo como para saber que no podía apresurar las cosas. Ella era una mujer huidiza e inteligente y… el ser más complejo que él había conocido en su vida.

¿Sería eso parte de su atractivo?

La respuesta no importaba demasiado en ese momento.

Rowan solo quería disfrutar de aquella velada al máximo.

Habían suscitado algunas miradas curiosas, incluso les habían hecho un par de fotos a distancia, pero nadie se había acercado a molestarlos. Además, los guardaespaldas estaban lo bastante cerca como para intervenir si era necesario. El coronel Salvatore les había enviado a sus mejores hombres, aunque todavía no había hallado respuestas sobre la identidad de la niña.

Por otra parte, salir en la prensa podía ayudarles a averiguar algo, pues era posible que, al ver una foto de Issa, sus familiares dieran noticias y la reclamaran.

Rowan se habría ocupado del bebé aunque Mari hubiera preferido no ayudarlo, por lo que no se sentía culpable por haber utilizado a Issa para salir con ella. Lo que le sorprendía era que le hubiera costado tan poco convencerla.

Eso le daba ánimos a la hora de perseguir su objetivo.

— Deberíamos buscar un sitio para cenar — dijo ella —. Estoy muerta de hambre.

— Y yo. Te dejo elegir — ofreció él. Tenía curiosidad por saber qué comida le gustaba.

— ¿Qué te parece si comemos en una terraza, mientras vemos las actuaciones callejeras?

— Muy bien — repuso él —. ¿Qué te parece allí? — propuso, señalando un café cercano con mesas con manteles azules.

— Perfecto, así podré ver venir a los fans cuando se acerquen a tomarme

fotos.

— Hoy parece que tus admiradores se han tomado un descanso — comentó él, dirigiendo el carrito hacia el café. Issa seguía dormida, chupándose la manita.

Mari rio y se quitó el pañuelo de la cabeza.

— Es gracioso que no pudiera escapar de mis acosadoras en el hotel y aquí, donde está lleno de gente, nadie parezca fijarse en mí.

— Si mañana no tenemos novedad de la policía, daremos una rueda de prensa para informar de lo que estamos haciendo. Por ahora, la niña y yo te estamos sirviendo de camuflaje para que disfrutes tranquila de tu cena.

La camarera les llevó vasos y una jarra de zumo de guayaba y mango, sin dar muestras de reconocerlos.

— Qué bebé tan lindo — comentó la joven, sin ni siquiera mirar a Mari y Rowan.

Después de pedir pez espada, Mari se recostó en su silla, con un aspecto mucho más relajado que el que había tenido al irrumpir en la suite de Rowan la noche anterior.

— Esta noche me toca quedarme con el bebé.

— No me importa quedarme yo, si no te sientes cómoda.

Ella arqueó una ceja.

— ¿Acaso crees que no estoy capacitada?

— Solo quiero ser útil. Tú eres quien da más conferencias.

— ¿Intentas engatusarme para que te bese de nuevo?

— Si no recuerdo mal, fui yo quien te besó. Y tú no te resististe.

— Bueno, no cuentes con repetirlo.

— Lo tendré en cuenta — repuso él, aunque no se dejó engañar. Con

satisfacción, observó cómo a ella se le aceleraba el pulso y se sonrojaba.

Cuando Rowan iba a alargar la mano hacia Mari para acariciarle el rostro, algo llamó su atención. Una pareja de turistas se estaba acercando a ellos. Mari se echó hacia atrás en la silla con un movimiento brusco, llevándose la mano a la garganta. Los guardaespaldas también se acercaron, cerrando el círculo a su alrededor. Los dos extraños no parecían armados pero, por si acaso, Rowan se llevó la mano al bolsillo, donde llevaba una 9 milímetros. El hombre, con una cámara en la mano, se detuvo delante de Mari.

— Disculpe, ¿podemos hacerle una pregunta? — dijo el extraño con un marcado acento americano.

— Adelante — repuso Mari con gesto regio.

— ¿Son ustedes de por aquí? — inquirió la mujer, adelantándose a su marido.

— No, señora — contestó Rowan.

— Ah. Entiendo — dijo la turista, frunciendo el ceño —. Aun así, igual pueden ayudarnos. ¿Dónde se celebra la fiesta de Kwanzaa?

A Mari le brillaron los ojos de sorpresa y contuvo la risa antes de responder.

— Señora, esa es una tradición americana.

— Ah, no me había dado cuenta — respondió la turista, frunciendo el ceño —. Es que no esperaba que celebraran tanto la Navidad.

— África tiene una rica variedad de tradiciones culturales y religiones. Esta zona, en concreto, fue colonizada por los portugueses — explicó Mari con paciencia —. Por eso, ha tenido mucha influencia cristiana.

— Gracias por la información, querida — contestó la mujer, y le tendió a su marido la guía de viajes —. Tu cara me resulta familiar. ¿Nos hemos visto en alguna parte antes?

— La gente dice que me parezco a la princesa Mariama Mandara — señaló ella —. A veces, les dejo que lo crean — añadió con una sonrisa.

La otra mujer rio.

— Qué traviesa eres, jovencita. Pero supongo que la gente se lo merece por intentar fotografiar por sorpresa a los famosos.

— ¿Quiere hacerme una foto con el bebé para guardarla en su móvil de recuerdo? — ofreció Mari, acercándose al carrito, junto a la cara de Issa —. Pondré mi mejor sonrisa de princesa.

— Ni siquiera sé cómo funciona la cámara en mi teléfono nuevo. Nos lo regalaron nuestros hijos por nuestro cincuenta aniversario — dijo la mujer, lanzándole una mirada a su marido— .Podemos usar nuestra Polaroid, ¿verdad, Nils?

— Espera, Meg, voy a sacarla.

— Meg, ¿por qué no se pone usted también en la foto? — sugirió Mari.

— Ay, sí, gracias. A mis nietos les encantará — repuso la señora, y se atusó un poco el pelo gris con los dedos antes de sonreír a la cámara —. Ahora poneos tú y tu marido con vuestra hija.

¿Hija? De pronto, la diversión del momento se convirtió en algo diferente para Rowan. Le gustaban los niños y le gustaba mucho Mari, pero de ahí a fingir que estaban casados…

Tragando saliva para no recordar la familia que había echado a perder hacía años, se esforzó en comportarse con normalidad.

Se arrodilló junto a Mari e Issa con una sonrisa forzada. Al fin y al cabo, era un buen actor. Tenía mucha práctica.

Cuando la pareja terminó de hacerles fotos, les dio las gracias y les dejó una instantánea para ellos.

— ¿Por qué no les has dicho la verdad? Hubiera sido una oportunidad perfecta — comentó él cuando se hubieron quedado solos.

— Había demasiada gente a nuestro alrededor. Cuando se haga oficial nuestra historia mañana, Meg y Nils se darán cuenta de que de veras tienen una foto con una princesa y estarán emocionados de contárselo a sus nietos.

— Ha sido un detalle por tu parte — señaló él, poniéndose la servilleta sobre el regazo, listo para comer —. Sé que odias la notoriedad que te da el hecho de ser princesa.

— No soy una tan mala persona como tú creías.

¿Había herido sus sentimientos? Rowan nunca había imaginado que aquella mujer llena de confianza pudiera ser insegura.

— Nunca he dicho tal cosa. Creo que tus investigaciones son admirables.

— ¿De verdad? En una entrevista para una revista, me acusaste de intentar sabotear tus proyectos. De hecho, cuando entré en tu suite con el carrito, me acusaste de espionaje.

— Puede que fuera demasiado apresurado en mis juicios — reconoció él —. Pero mi trabajo no me deja tanto tiempo como a ti para reflexionar. No tengo ese lujo.

— Yo prefiero vivir según mis propias reglas, cuando es posible. En este mundo, hay demasiadas cosas fuera de control.

En ese momento, la mirada de Mari se perdió en la distancia. Rowan la contempló, deseando conocer más acerca de aquella excitante mujer.

Necesitaba saber cómo funcionaba su mente, si quería lograr un segundo beso… y más cosas de ella. Sin embargo, estaba empezando a comprender que, si quería conseguir más, iba a tener que compartir también sus propias confidencias. Y eso no era una perspectiva muy apetecible.

De todas maneras, mientras observaba cómo, sin levantarse de la silla, Mari mecía su esbelto cuerpo al ritmo de la música, Rowan se dijo que cualquier cosa merecía la pena con tal de poder tenerla.

Capítulo 5

Mari inspiró el aire cálido de la noche, impregnado de música de tambores. Aquellos sonidos le recordaban a su infancia, cuando sus padres estaban juntos en África.

Aquellos primeros siete años de su vida fueron idílicos. Ella había ignorado por completo los problemas que ya existían en el matrimonio. No había percibido la tensión provocada por las presiones del cargo real de su padre y por la nostalgia que su madre había tenido de su Estados Unidos natal.

Un año, mientras pasaba las vacaciones de Navidad con sus abuelos, había oído mencionar a su madre que pensaba comprarse una casa allí, en Estados Unidos. Después de aquellas fiestas, sus padres anunciaron que se divorciaban.

La Navidad nunca había vuelto a ser lo mismo para Mari, en ninguno de los dos continentes.

De pronto, la mirada de Rowan la sacó de sus pensamientos, haciendo que se paralizara.

— ¿Por qué me estás mirando? Debo de estar hecha un desastre — dijo ella, mientras se ponía un mechón de pelo detrás de la oreja. Se colocó el pañuelo alrededor del cuello —. Ha sido un día muy largo. Y está refrescando.

¿Desde cuándo le importaba a ella su aspecto?, se reprendió a sí misma, obligándose a bajar las manos.

— Tienes una sonrisa preciosa — comentó él y señaló a su alrededor con ojos brillantes como estrellas —. Me admira la manera en que disfrutas de todo esto, la alegría con que aprecias los pequeños detalles…

¿Acaso intentaba coquetear con ella?, se dijo Mari con desconfianza.

— Estamos en el mes de la alegría, Rowan — repuso ella, esforzándose por pensar en algo rápido para cambiar de tema.

Se sentía muy incómoda hablando de sí misma —. ¿Cómo solías celebrar la Navidad cuando eras niño?

— Con cosas normales, como poner un árbol, adornar la casa con felicitaciones y comer mucho — contestó él, sin dejar de absorberla con la mirada.

— ¿Qué clase de comida? — inquirió ella, y movió un poco el carrito de Issa, que se acababa de despertar.

Él se encogió de hombros y se inclinó para ponerle el chupete a la niña.

— Lo típico.

— Vamos — insistió ella, admirada por la facilidad que tenía para ocuparse del bebé —. Cuéntamelo. Hay muchas maneras de celebrar la Navidad y lo que es típico en un sitio puede que no lo sea en otro. Además, yo crecí alimentada por cocineros profesionales. La cocina sigue siendo un fascinante misterio para mí.

— Es como hacer un experimento químico — opinó él, llevándose un pedazo de pez espada a la boca.

— Quizá, en teoría — replicó ella, y probó su zumo de fruta. Un delicioso sabor a coco la inundó. Desde que Rowan la había besado, sus sentidos estaban muy alerta —. Yo soy mejor científica que cocinera. Pero dime, ¿cuál era tu plato favorito de Navidad?

— Mi madre solía decorar galletas de azúcar y a mi hermano Dylan y a mí nos gustaba comernos toda la decoración y dejar las galletas.

La imagen los envolvió cómo una cálida manta en inverno.

— Suena bien. Yo siempre he querido tener hermanos para compartir con ellos momentos como ese. Cuéntame más. ¿Te regalaban trenes o camiones? ¿Bicicletas o jerséis horribles?

— No teníamos mucho dinero, así que mis padres solían ahorrar todo el año para podernos regalar algo. Les daba un poco de vergüenza no

poder darnos más, pero nosotros éramos felices. Muchos de los niños con los que trabajo nunca tendrán lo que tuvimos mi hermano y yo.

— Suena como si hubieras tenido una familia muy unida. Ese es el mejor regalo — opinó ella.

Los ojos de Rowan se nublaron un instante.

— Alrededor de las tres y media en la mañana de Navidad, Dylan y yo nos levantábamos y bajábamos al salón para ver qué nos había traído Papá Noel — contó él, aunque su tono de voz parecía más constreñido que alegre —. Solíamos jugar con todo durante una hora o así y, luego, lo guardábamos otra vez en sus cajas. Subíamos de puntillas a nuestra habitación y esperábamos a que nuestros padres se levantaran. Entonces, siempre fingíamos que los juguetes nos habían sorprendido por completo.

— Tu hermano y tú compartís un vínculo especial, ¿no es así?

— Compartíamos — aclaró él con tono seco —. Dylan está muerto.

— Lo siento, Rowan — dijo ella, sin ocultar la conmoción —. No lo sabía.

— No tenías por qué saberlo. Murió en un accidente de coche cuando tenía veinte años.

— ¿Cuántos años tenías tú? — preguntó ella, tras un momento de silencio.

— Dieciocho.

— Debió de ser horrible para ti y para tus padres.

— Lo fue — admitió él, jugueteando con las gafas de sol sobre la mesa.

Un incómodo silencio cayó sobre ellos, mientras los villancicos callejeros seguían escuchándose en la distancia.

— ¿Cuándo pasó, estabas en el reformatorio militar todavía?

— preguntó ella, echando mano de lo primero que le pasó por la cabeza.

— Estaba en mi semana de vacaciones, después de mi graduación.

A Mari se le encogió el corazón al pensar en todo lo que había perdido Rowan, sobre todo, en un momento en que debía de haber estado celebrando el haber terminado las clases en aquel reformatorio.

Sin pensarlo, ella le tomó la mano.

— Rowan, no sé qué decir.

— No hay nada que decir — negó él, acariciándole la muñeca con el dedo pulgar —. Solo quiero que sepas que te he confiado una parte de mi pasado de la que no suelo hablar.

A Mari le subió la temperatura al sentir su contacto.

— ¿Me estás hablando de ti mismo para…?

— Para acercarme a ti — reconoció él con ojos ardientes —. Para que sepas que ese beso no fue un accidente. No soy el santo que la prensa dice que soy.

No había estado imaginándose cosas, caviló Mari. Rowan Boothe la deseaba.

Y ella quería acostarse con él.

El sonido de un camión dando marcha atrás sacó a Rowan de aquel momento mágico. Miró a su alrededor para comprobar que los guardaespaldas siguieran en sus puestos. Vio a dos enamorados sentándose en la mesa de al lado. La pareja de turistas con los que habían hablado antes estaba pagando la cuenta para irse. Una familia llenaba una larga mesa contigua.

Allí estaban tan seguros como podrían estar en cualquier lugar público.

Él sabía que no podía mantener a Mari y a Issa bajo llave.

Esperaba que, con la protección adecuada, Mari pudiera disfrutar de salir en público. Al imaginársela acosada durante el resto de sus días, apretó los dientes frustrado. Ella se merecía algo mejor que tener que vivir en las sombras.

Por otra parte, Rowan se dijo que le debía mucho a Issa por haberlos unido. Le conmovía el lado sensible de Mari, la inesperada dulzura que latía bajo su cerebro de científica y sus genes reales.

Con la ayuda de Salvatore, encontrarían a la familia de Issa o le buscarían un hogar adoptivo donde pudiera ser feliz.

Sin embargo, no estaba tan seguro de cómo terminaría aquella situación con Mari. Sin duda, ella lo deseaba. Aunque también sentía desconfianza hacia él.

Una retirada táctica era lo más adecuado, pensó, al menos, hasta que encontrara el momento apropiado para avanzar.

— Tú debes de haber disfrutado de fiestas de Navidad muy lujosas con tu padre — comentó él, sirviendo café para los dos.

Mari bajó la vista.

— Mi padre suele ser bastante discreto. La economía del país se está estabilizando gracias a las exportaciones de cacao, pero el tesoro nacional no está sobrado de efectivo. Me criaron para tener en cuenta mi responsabilidad hacia el pueblo.

— No tienes hermanos con quienes compartir esa responsabilidad.

Rowan habló sin pensarlo, quizá porque el recuerdo de su hermano estaba demasiado fresco en su memoria. Se sentía culpable por haberle fallado a Dylan. Si sus decisiones hubieran sido diferentes…

— Mis dos padres se volvieron a casar y se volvieron a divorciar, pero no han tenido más hijos — explicó ella —. Así que yo soy la única. El futuro de mi país está en mis manos.

— No suenas muy entusiasmada.

— Solo creo que debe de haber alguien mejor preparado que yo — indicó ella, y tomó un trago —. ¿Por qué me miras tan sorprendido? No pensarás que soy la mejor opción para mi pueblo, ¿verdad? Prefiero encerrarme en el laboratorio con una cafetera antes que tener algo que ver con el mundo del poder.

— Creo que harás bien cualquier cosa que te propongas — aseguró él. ¿Cómo era posible que tuviera tan poca confianza en sí misma?, se preguntó —. Cuando entras en una habitación, iluminas todo con tu presencia. Eres como una estrella.

Ella agachó la cabeza hacia su taza, sin dejar de mirarlo.

— Gracias por tu voto de confianza. Pero yo prefiero hechos concretos y tangibles. Soy una científica.

— Yo diría que mucha gente apreciaría la lógica y el pensamiento racional en su líder.

Ella apartó la vista.

— No he sido siempre así.

— ¿Cómo?

— Tan precisa — explicó ella, y le lanzó una rápida mirada por el rabillo del ojo —. De niña, era bastante descerebrada. Perdía los lazos del pelo en los hoteles, me dejaba las muñecas y los libros en los aviones. Siempre me quedaba dormida más de la cuenta por las mañanas y llegaba tarde a los sitios. Los criados tenían órdenes de despertarme media hora antes de lo necesario, por si acaso.

— ¿Eso te pasaba en casa de tu madre o de tu padre?

— En los dos sitios. Mi reloj interno no entendía de despertadores ni de horarios — confesó ella. Solo había sido una niña intentando sobrellevar un estilo de vida transcontinental, las presiones de pertenecer a la realeza y la dificultad de ir cinco cursos por delante de los niños de su edad.

— A mí me parece que has viajado mucho en tu vida. Seguro que sabes que perder cosas durante los viajes es algo tan común como el *jet lag*, incluso para los adultos.

— Eres muy amable — repuso ella, encogiéndose de hombros— .

Yo aprendí a hacer listas y a estructurar mi mundo de forma meticulosa.

— ¿Cómo? — quiso saber él, de pronto, tan interesado por su forma de

ser como por besarla una segunda vez.

— Siempre me siento en el mismo asiento de un avión. He creado una rutina para los trayectos trasatlánticos, siempre viajo a la misma hora, por ejemplo. Así el mundo me resulta menos confuso.

— ¿Confuso?

— Olvídalo.

— Demasiado tarde. Recuerdo todo lo que dices — afirmó él y era cierto.

— Ah, eres una de esas personas con memoria fotográfica.

Imagino que es útil en tu trabajo.

— Mmm… — murmuró él. No tenía memoria fotográfica con todo, sino solo con ella. Pero no iba a confesárselo.

— Apuesto a que mis rutinas te suenan un poco excesivas.

Pero la vida me resulta una locura la mayoría de las veces. Soy una princesa. No puedo escapar a eso — señaló, y dejó su taza sobre la mesa —. Tengo que aceptar que, por muchas listas que haga, mi mundo nunca será predecible.

— A veces, que algo sea impredecible tiene sus ventajas también — comentó él, ansiando acariciarle su hermosa cara.

Mari tragó saliva.

— ¿Es ahora cuando me sorprendes con otro beso?

— Esta vez, podrías sorprenderme y dármelo tú.

Ella se quedó mirándolo en silencio, tanto tiempo que Rowan pensó que iba a reírse en su cara. Sin embargo, justo cuando creía que iba a mandarlo al diablo…

Mari lo besó. Acercó su rostro y posó sus labios sobre los de él, al mismo tiempo que le daba la mano encima de la mesa.

Embriagado por su sabor, él se sintió poseído por el deseo. Era increíble lo

que un simple beso podía provocarle.

Entonces, al instante, Mari se apartó, dejándose caer de nuevo en su silla.

— Eso no era… No pretendía… — balbució ella, sonrojada.

— Shh — murmuró él, posando un dedo en sus labios — .Algunas cosas no necesitan explicación. Terminemos de cenar para poder volver al hotel.

— ¿Me estás haciendo una proposición deshonesta?

— ¿Por qué dices eso? — preguntó el, levantando las manos con una maliciosa sonrisa —. Quiero volver pronto. Es tu turno de pasar la noche con el bebé.

Relajándose un poco, Mari sonrió. Cielos, aquella mujer era increíble, se dijo él, mientras le daba la mano.

Entonces, un grito desde la mesa vecina los sobresaltó.

— ¡Es ella! — exclamaba una mujer, tirándole de la manga a su novio —. Esa princesa… ¡Mariama! Quiero tomarme una foto con ella. Hazme una foto, por favor, cariño.

Al parecer, no iban a poder seguir pasando desapercibidos.

Pronto, todo el mundo sabría que estaban cuidando de un bebé…juntos.

Dos horas después, Mari dejó a Issa en su cuna. La pequeña descansaba plácidamente, tras haberse terminado el biberón.

Estaba sola con ella en su habitación, en la suite que compartía con Rowan.

Cuando aquella mujer había anunciado a los cuatro vientos que había una princesa en la mesa del lago, todos los móviles comenzaron a disparar fotos.

Rowan se había ocupado de hablar con las masas de curiosos dándoles la explicación de que estaban cuidando del bebé de forma temporal. Les había dicho que, al día siguiente, daría más detalles en una rueda de prensa.

Por otra parte, Mari seguía sin saber de dónde habían salido tantos guardaespaldas. Pensaba preguntárselo a su padre después y averiguar por qué había decidido ignorar su petición.

Aunque entendía que tener protección era lo más adecuado, por el bien de Issa. Ella misma pensaba haber contratado a un equipo de seguridad al día siguiente, aunque a menor escala. Esa noche, los guardaespaldas habían escoltado a Rowan, Issa y a ella hasta el hotel desde el restaurante.

Mientras, a su lado, Rowan se había limitado a repetir a los curiosos que no harían más comentarios.

Sin duda, la prensa del corazón publicaría la noticia a la mañana siguiente. ¿Sería eso lo que tenía Rowan en mente cuando se habían besado? Quizá él, como mucha gente que había conocido en su vida, solo pretendiera utilizarla.

Por una parte, tenía la certeza de que Rowan la deseaba.

Por otra, no podía entender por qué.

Por el momento, hasta que no pudiera reunir respuestas, Mari no pensaba llevar las cosas más lejos con él. Además, tenía que cuidar a la niña esa noche y hacer una llamada de teléfono.

Tomó el móvil y marcó el número.

— Papá, tenemos que hablar… — dijo ella, en cuanto su padre respondió.

La risa de su padre la inundó desde el otro lado del auricular.

— ¿Del novio y del bebé que me has estado ocultando?

Mari cerró los ojos, imaginándose a su padre en su sillón de cuero favorito en su casa de campo. Suspirando, se masajeó las sienes con los dedos.

— ¿Cómo has sabido lo de Rowan e Issa? ¿Tienes espías vigilándome? ¿Y por qué me has puesto guardaespaldas sin consultarme?

— Son demasiadas preguntas, hija querida. Primero, supe de tu asociación con el doctor Boothe y la niña por Internet.

Segundo, no espío a mi familia o, al menos, no lo hago a menudo. Y tercero, esos guardaespaldas de los que hablas no son míos. Supongo que serán cosa de tu novio.

— No es mi novio — negó ella. A pesar de que se habían besado y lo había disfrutado como loca —. Y el bebé no es nuestro. Es una niña abandonada — añadió.

— Sé que el bebé no es tuyo, Mariama.

— ¿También lo has averiguado por Internet? — replicó ella, tumbándose en la cama y abrazándose a una almohada.

— Te sigo de cerca, querida hija. No has estado embarazada y nunca te había gustado demasiado el doctor Boothe.

— La niña fue abandonada en la habitación del doctor y los dos estamos cuidándola hasta que las autoridades encuentren a sus familiares — explicó ella —. Ya sabes que los orfanatos africanos están saturados. No queríamos dejarla en uno de ellos, ya que tenemos la capacidad de ayudarla.

— Hmm — murmuró su padre, al mismo tiempo que pulsaba el teclado de su ordenador —. ¿Y por qué estás colaborando con un hombre al que no soportas para cuidar de una niña que no conoces? Podía haberse ocupado él solo.

— ¿Será que me gusta ayudar?

— Eso es verdad — admitió su padre —. También eres muy mala mentirosa. ¿Cómo es que has acabado haciéndote responsable de la niña?

Mari nunca había podido ocultarle nada a su astuto padre.

— Intentaba escaparme de un grupo de turistas que querían hacerme una foto. Agarré un carrito del servicio de habitaciones y lo llevé a su destino. Resultó que la suite era de Rowan Boothe y que había una niña abandonada dentro del carrito. No hay nada entre nosotros.

En ese momento, Issa protestó, sobresaltándola. Mari se inclinó para acariciarle la espalda y ayudarla a dormirse de nuevo. Un instante

después, escuchó abrirse la puerta de la habitación contigua. Cubrió el auricular con la mano. Rowan asomó la cabeza por la puerta.

— ¿Va todo bien?

— Sí — afirmó ella y destapó el auricular —. Papá, tengo que irme.

— Mari, querida, creo que eres cada vez mejor mentirosa — señaló su padre al otro lado de la línea —. Parece que hay muchas cosas de tu vida de las que no tengo ni idea.

A ella se le aceleró el pulso. Su padre tenía razón. No solo se trataba de Issa. Se estaba mintiendo a sí misma al decirse que no había nada entre Rowan y ella.

Pero debía cambiar de tema, se dijo Mari. Sobre todo, cuando el objeto de su confusión estaba parado a un par de metros, mirándola con ojos ardientes.

— Papá, deberías estar contento. Todo esto nos dará publicidad positiva, una buena historia para que tu gabinete de prensa difunda durante las Navidades. Por una vez, estoy haciendo las cosas bien.

— Mari, querida, siempre has hecho las cosas bien — aseguró su padre.

— Eres peor mentiroso que yo, papá — repuso ella con una sonrisa agridulce —. Pero te quiero de todas maneras. Buenas noches.

Mari colgó y se levantó de la cama. Estaba hecha un manojo de nervios por la conversación con su padre… por no mencionar el remolino de emociones que le había suscitado besar a Rowan.

Sin embargo, aunque él seguía mirándola con deseo desde la puerta, Mari se dijo que no era momento para dar ningún paso en falso. Había demasiadas cosas en juego, como el bienestar de una niña…

Y su propia tranquilidad.

Capítulo 6

Negándose a huir de la ardiente mirada de Rowan, Mari se levantó y caminó hasta él.

— ¿Por qué contrataste guardaespaldas sin avisarme?

Él frunció el ceño.

— ¿De dónde creías que habían salido?

— Creí que había sido cosa de mi padre.

— Solo hice lo que debería haber hecho él. Quería que estuvieras a salvo.

Ella levantó la barbilla con gesto desafiante. Quizá, Rowan tenía razón respecto a los guardaespaldas, por la seguridad de Issa, pero ella no pensaba doblegarse.

— Solo porque te besara en el restaurante no significa que vaya a acostarme contigo.

Rowan esbozó una pícara sonrisa.

— Maldición. Estoy destrozado.

— Bromeas, claro.

— Tal vez. Pero no te equivoques. Quiero acostarme contigo y cada día que espero es… una tortura — reconoció él con voz llena de pasión —. Aunque sé que no será esta noche.

— ¿Y si no sucede nunca? — preguntó ella, luchando consigo misma para contener su propio deseo.

— Esa pregunta me confirma que estamos a medio camino de quedarnos desnudos — repuso él, quitándole con suavidad un mechón

de pelo de la cara.

Antes de que Mari pudiera recuperar el aliento, él dio un paso atrás, salió y cerró la puerta.

Con rodillas temblorosas, ella se sentó en el borde de la cama.

Una cama que, de pronto, le pareció fría y vacía.

Rowan salió del hotel en dirección a la playa. El fresco aire nocturno apenas conseguía calmar el fuego que le ardía en las venas. Dejar a Mari sola en su habitación había sido uno de los retos más difíciles para él, pero no había tenido elección, por dos razones.

Primero, quería que ella estuviera segura cuando decidiera hacer el amor. Y, en segundo lugar, tenía una cita con un importante contacto de la Interpol, un viejo amigo suyo que había sido responsable de la cobertura de seguridad de esa noche.

Pasó por delante de la piscina del hotel, donde todavía había turistas tumbados en hamacas junto a una cascada, tomando cócteles y disfrutando de la noche.

Había quedado en la cabaña número dos, junto a la orilla y lejos de ojos curiosos. En la distancia, flotaban veleros con luces encendidas y en el cielo brillaban las estrellas.

— Siento llegar tarde, amigo — dijo Rowan al entrar en la cabaña.

Su viejo compañero de colegio, Elliot Starc, estaba tumbado en una de las dos hamacas que había en el porche, con vistas al inmenso océano.

— No tenía nada mejor que hacer.

Aquello no podía ser verdad. Elliot usaba su trabajo como corredor de Fórmula Uno para pasar inadvertido de un país a otro. Se movía en círculos de poder, algo que le resultaba muy útil en sus misiones como agente secreto.

— Bueno, gracias de todos modos por haberlo dejado todo para venir a Cabo Verde.

— Tengo mucho tiempo desde que mi prometida me dejó.

— Lo siento — repuso Rowan. Los escarceos de Elliot con las mujeres habían llenado ríos de tinta en las revistas del corazón.

Sin embargo, él sospechaba que su prometida no lo había dejado por su fama de mujeriego, sino porque podía haberse asustado por su trabajo en la Interpol.

¿Qué pensaría Mari si lo supiera?

— Son cosas que pasan — afirmó Elliot, dejando su vaso vacío sobre una mesa —. Se suponía que ahora debíamos estar de luna de miel. Le di los billetes para el viaje porque, al fin y al cabo, rompimos por mi culpa. Ahora estará esquiando en los Alpes con algún amigo. Mientras, pensé que era buena idea hacer algo productivo con mi tiempo libre.

Rowan sabía que su amigo no buscaba compasión. Quizá, otro trago, sí. Tenía un aspecto agotado y ojeroso.

— Siempre te estaré agradecido por supervisar la seguridad — dijo Rowan. Le había pedido a su amigo que se ocupara de proteger a Mari y a Issa —. Esta noche han hecho un gran trabajo.

— Ha sido un juego de niños — repuso Elliot, apurando su segundo vaso —. ¿Qué pasa con tu aventura con la princesa y el bebé?

— La niña necesitaba mi ayuda.

— Siempre has sido un santo. Pero eso no explica lo de la princesa.

— ¿Qué tiene de santo ayudar a una niña, cuando tengo fondos ilimitados y agentes de la Interpol a mi disposición? Uno es santo cuando hace algo que le resulta difícil.

— Y la mujer… la princesa — insistió Elliot —. Es una conocida adversaria tuya.

— Mari también necesita mi ayuda. Eso es.

Elliot rio.

— Eres un iluso.

— Si fueras un buen amigo, me dejarías seguir disfrutando de mis ilusiones.

Aunque claro que me doy cuenta de que la situación no es fácil — afirmó Rowan. Pero su deseo por Mari era algo que no podía ignorar.

— Estás enamorado de la princesa. ¿Qué piensas hacer con eso?

— ¿Enamorado? Cielos, tío. No soy un chiquillo.

— Me alegro. ¿Cuál es tu plan?

— Voy trazándolo sobre la marcha — contestó Rowan. No le apetecía confesarle a su amigo los detalles de sus sentimientos.

— ¿Qué sucede si sale mal? El padre de la princesa tiene muchas influencias. Aunque no vives en su país, esta región también es africana. Podía ser… incómodo.

Rowan no había considerado esa posibilidad, lo que demostraba lo mucho que le cegaba el deseo por Mari.

— A ver si me entero, Starc. ¿Pretendes actuar de consejero sentimental?

— Soy muy sabio en lo que se refiere a cometer errores en una relación seria — señaló Elliot, levantando su vaso en señal de brindis —. Por ahora, llevo tres compromisos rotos.

— ¿Quién dice que quiero una relación seria?

Elliot se volvió para mirarlo a los ojos un momento.

— Eres un iluso, compañero.

— Vaya consejo.

— Piénsalo bien.

— Buenas noches — se despidió Rowan, levantándose de la hamaca. No quería seguir hablando de Mari ni de la posibilidad de que su relación tuviera un trágico final.

— He tocado un punto débil, ¿verdad?

— Agradezco tu… preocupación. Y tu ayuda — le dijo Rowan, y le dio una palmadita en el hombro antes de salir de la cabaña — .Tengo que

volver al hotel.

Llevaba demasiado tiempo fuera y, aunque confiaba en los guardaespaldas que les había asignado Elliot, se sentía más tranquilo estando cerca de Mari e Issa.

Faltaban menos de dos semanas para Nochebuena. Ese día, pensaba pasarlo en su casa junto a la clínica, trabajando en urgencias como siempre hacía. ¿Qué planes tendría Mari?

¿Pasaría la noche con su familia?

Los padres de Rowan se encerraban en sí mismos en Navidad, y lo cierto era que él lo prefería. Había demasiados recuerdos dolorosos.

Entrando en el hotel, se dijo que era mejor centrarse en el presente. Y, en ese momento, su presente eran Mari e Issa.

Con un gesto de la cabeza, saludó a los dos guardaespaldas que había en la puerta de la suite. Al entrar, le recibió una suave iluminación desde el salón. Todo estaba en silencio.

Asomó la cabeza por la puerta del cuarto de Mari, que estaba entreabierta. Necesitaba asegurarse de que las dos estaban bien.

Primero, se dirigió a la cunita, donde la niña dormía con el dedito gordo en la boca.

¿Se habría arrepentido la madre de Issa de haberla abandonado? En su nota, decía que confiaba en que él la cuidaría. Sin embargo, la mujer no había sabido que, gracias a sus contactos en la Interpol, no tardaría en encontrarla. Era solo cuestión de tiempo.

Rowan no pensaba rendirse. El futuro de la niña dependía de las respuestas que encontrara.

Y esa era una razón más para andarse con cuidado con Mari.

La deseaba, pero no había tenido en cuenta la gran ayuda que ella podía ser, ni lo bien que iba a cuidar al bebé. Tenía un buen instinto maternal y una gran ternura de corazón.

Contemplándola dormir, casi olvidó todas las veces que Mari lo había

criticado en público. Tenía el pelo suelto sobre la almohada, como una cascada de seda negra. La luz de la luna le bañaba el cuello, mientras el pecho le subía y bajaba con suavidad con la respiración.

Un tirante de satén color crema le atravesaba el hombro.

¿Sería su camisón? Poseído por el deseo, tuvo la tentación de tomarla en sus brazos y llevarla a su dormitorio.

Pero, justo cuando iba a hacerlo, se detuvo en seco al recordar lo insegura que se había mostrado Mari al hablar con su padre. Solo de pensar que alguien podía tratarla como si no fuera lo bastante valiosa, se le encogió el corazón.

Era una mujer brillante e increíble.

Por eso, Rowan decidió que era mejor seguir con su plan y tomarse las cosas con calma. Podía esperar. Aquella mujer maravillosa se merecía todo el romanticismo del mundo y no un asalto por sorpresa en medio de la noche.

Así que se incorporó y se dirigió a la puerta para irse a su cuarto. Desde allí, le lanzó una última mirada, seguro de que su angelical imagen dormida lo acompañaría durante toda la noche y no le dejaría pegar ojo.

Mari soñó con Rowan, con su mirada azul cielo, con sus manos acariciándola. Nunca se había sentido tan libre, disfrutando de sus susurros y sus besos. El cuerpo se le derretía al escuchar su voz en sueños, ansiando rodearlo con sus piernas y sentir su fuerza en el vientre.

Lo deseaba demasiado. Después de años de estar encerrada en su laboratorio y de algunos encuentros insatisfactorios con hombre inadecuados, una imparable pasión bullía en su interior.

Nunca había experimentado nada parecido.

Y, aunque no podía comprender cómo el destinatario de tan poderosa atracción era un hombre que no le había caído bien, el calor y la humedad que sentía entre las piernas eran inequívocos.

Despacio, fue despertándose mientras el sonido del océano la envolvía…

mezclado con la voz de Rowan al otro lado de la puerta.

Al instante, Mari se incorporó en la cama.

No era de extrañar que hubiera estado soñando con él. Su voz se había estado filtrando en su sueño. Tapándose el pecho con la sábana, escuchó, aunque las palabras eran incomprensibles. A juzgar por los repetidos silencios, debía de estar hablando con alguien por teléfono.

Con cuidado de no despertar a Issa, se levantó de la cama y se puso su bata de satén y sus zapatillas de andar por casa de marabú con un poco de tacón. Uno de los pocos caprichos que se permitía era el de comprarse ropa de andar por casa sexy. Le hacía sentir como una estrella de cine de los años cuarenta, decadente y femenina.

¿Le parecería sexy a Rowan? Cielos, no podía dejar de pensar en él.

Sin embargo, debía concentrarse en procurarle un buen futuro a Issa, se recordó a sí misma. Inclinándose sobre su cunita, la besó en la frente.

La voz de Rowan volvió a sonar al otro lado de la puerta, despertando su curiosidad. ¿Con quién podía estar hablando a esas horas de la noche?

Con un nudo en la garganta, se dijo que igual tenía noticias de la familia de la niña. No sabía si eso la alegraba o la entristecía.

Despacio, abrió la puerta. Rowan estaba de espaldas, ante la ventana, con el teléfono en la oreja. Sin poder evitarlo, Mari posó los ojos en su trasero, que le llenaba los pantalones vaqueros a la perfección, y tuvo que contenerse para no acercarse y tocárselo. ¿Cómo no se había fijado antes en eso?

Quizá, porque solía verlo siempre con traje de chaqueta o bata de médico.

En el resto de su cuerpo, se había fijado de sobra, muchas veces. Su pelo rubio, sus hermosos ojos azules, su fuerte pecho.

Por voluntad propia, a Mari se le endurecieron los pezones al imaginarse acariciando aquel torso musculoso.

Antes de volverse, él asintió una vez más y colgó. No se mostró

sorprendido al verla. Dejó el teléfono sobre la mesa, recorriéndola con la mirada de pies a cabeza.

— Mari, ¿cuánto tiempo llevas despierta?

— Solo unos minutos. Lo suficiente para verte hablar por teléfono — señaló ella y se cerró la bata un poco más, para asegurarse de que el suave tejido no delatara sus pezones erectos —. Si puedo preguntarte, ¿con quién estabas hablando a estas horas de la noche?

— Estaba informándome de una nueva pista sobre la niña.

Mari se acercó a él con el corazón latiéndole a toda velocidad.

— ¿Han encontrado a su familia?

— Lo siento — repuso él, apretándole el hombro con suavidad—

. Todavía, no. Pero estamos en ello.

Ella tragó saliva. La boca se le había quedado seca de golpe.

— ¿Quiénes estáis en ello?

— Ahora soy un hombre rico. Y tengo mis contactos — contestó él, apartando la mano.

Al imaginarse sus dedos acariciándole la piel desnuda, Mari se estremeció. Cielos, no estaba acostumbrada a que su cuerpo reaccionara así. Era una persona cerebral, una científica.

Necesitaba encontrar el equilibrio de nuevo, por mucho que le costara.

Respirando hondo, miró a Rowan un momento. Su intuición le decía que él le estaba ocultando algo, pero no sabía qué podía ser. Mientras seguía contemplándolo con la intención de descifrar el misterio, se dio cuenta de que, a pesar de su halo de santidad, aquel hombre prefería moverse en las sombras.

Entonces, le deslizó la mano por el brazo y entrelazó sus dedos. Mari se dejó conducir al sofá, curiosa por averiguar adónde les llevaría aquello. Y reticente a soltarle la mano.

Él se sentó, indicándole que se sentara a su lado. En silencio, la miró, mientras le acariciaba la muñeca con el dedo.

Rowan no habló. Ni se movió.

— ¿Crees de verdad que la familia de Issa puede aparecer? — dijo ella, ansiosa por romper el silencio.

— Creo que se está haciendo todo lo posible.

— Mañana tenemos que hablar con la prensa en serio. Se acabaron los jueguecitos con turistas y las fotos robadas. Tengo que usar mi nombre y mi influencia de princesa para ayudarla.

— No tienes que ponerte en la línea de fuego, si no quieres — repuso él, apretándole la mano con suavidad.

— Para eso me pediste ayuda, ¿no? Para que la búsqueda tuviera más fuerza — quiso saber ella. De pronto, lo que respondiera Rowan le pareció de suma importancia.

— Podría haberme ocupado de la niña solo — afirmó él con tono sincero, mirándola a los ojos —. Si quieres que sea honesto, la verdad es que quería pasar más tiempo contigo.

A Mari se le encogió el estómago.

— ¿Utilizaste al bebé por razones egoístas? ¿Para acercarte a mí?

Rowan entrelazó sus dedos de nuevo con los de ella, llevándose sus manos al pecho.

— Tenerte aquí es una gran ayuda para cuidar a Issa y para encontrar a su familia. Pero también me sirve para conocerte mejor.

— ¿Quieres conocerme mejor o besarme?

— ¿No puedo querer las dos cosas? — replicó él a su vez, acercando su rostro.

— Entiendes que para mí todo es muy complicado, ¿verdad?

— ¿Por quien eres? Sí, me doy cuenta de quién eres.

En ese justo instante, Mari recordó quién era. Una princesa.

La siguiente en la línea de sucesión al trono, ya que no tenía hermanos, ni tíos. Por mucho que quisiera creer que el interés de Rowan en ella era genuino, la habían utilizado demasiadas veces en el pasado.

— Sé que crees que soy una princesa malcriada — afirmó ella, apartando la cara para mirarlo a los ojos.

— A veces, decimos cosas cuando estamos enfadados que no pensamos. Te pido disculpas.

— ¿Qué piensas de mí? — inquirió ella. Nunca antes le había importado la opinión de los demás… excepto la de sus padres.

— Creo que eres hermosa e inteligente.

Ella sonrió.

— Estricta y organizada.

— Productiva, con pasiones refrenadas — añadió él con otra sonrisa.

— Soy una princesa malcriada — admitió ella, incapaz de resistirse a su sonrisa —. He tenido lujo, seguridad, todas las oportunidades. He tenido todas las cosas que esta niña necesita, cosas que su madre estaba tan desesperada por no tener que se la ha entregado a un extraño. Me siento fatal y culpable por querer tener una vida normal, sin más.

— ¿Normal? — repitió él, meneando la cabeza —. Yo tuve una infancia normal y lo estropeé todo.

Mari había leído en la prensa cómo él había cambiado su vida después de sufrir un accidente de coche al conducir borracho en su adolescencia. Era un ejemplo de oro de cómo aprovechar las segundas oportunidades y cómo enderezar una vida torcida.

— Tuviste un resbalón en tu adolescencia, pero tomaste el camino correcto cuando fuiste a ese reformatorio militar.

— Eso no borra mi error. Nada podrá borrarlo — repuso él, pasándose la mano por el pelo con frustración —. No soporto que la prensa trate de convertir mi vida en un modelo de buenas obras. Por eso, entiendo que

te irrite el circo de los medios de comunicación.

— Pero tu historia da esperanza a la gente, les anima a cambiar sus vidas para mejor.

Rowan maldijo en voz baja.

— ¿Qué? No pongas cara enfurruñada — le pidió ella, dándole un suave codazo —. Habla conmigo.

— Si quieres que esté de buen humor, hablemos de otra cosa — rogó él y posó la mano de nuevo en su hombro —. ¿Qué te gustaba hacer en Navidad cuando eras niña?

— No vas a lograr distraerme — le advirtió ella.

— ¿Quién dice eso?

Entonces, Rowan se acercó un poco más y la besó.

Capítulo 7

Mari se quedó paralizada un instante. Enseguida, toda la pasión que había experimentado en el sueño salió a la superficie. Lo rodeó con sus brazos y se apretó contra él, besándolo con frenesí.

Saboreó su embriagador aroma, su calidez. Rowan le deslizó los dedos bajo el pelo, masajeando y disipando tensiones que ella ni siquiera sabía que existían.

Entre caricias cada vez más calientes, Mari apretó los pechos contra él y Rowan se inclinó sobre ella, colocándola debajo con un posesivo rugido. Ella le mordisqueó el labio inferior, derritiéndose bajo su fuerte cuerpo de hombre.

Mari le quitó la goma que le sujetaba el pelo en una pequeña coleta, logrando que sus mechones rizados le cayeran libres, haciéndole cosquillas en la cara. Y volvió a besarla.

La besó con la lengua y los labios, pero también con las manos, mientras la acariciaba. Despacio, le separó las piernas con la rodilla. La presión de su fuerte muslo en la entrepierna hizo que Mari temblara de deseo.

Sin poder parar, las manos de ella exploraron aquel musculoso torso, los hombros, la espalda y el firme e irresistible trasero que había estado admirando hacía apenas unos minutos. Mientras, la pasión se apoderaba de ella con una intensidad renovadora, con una fuerza que no había experimentado nunca antes.

Necesitaba que la poseyera en ese mismo momento.

Mari entrelazó sus piernas con las de él, para apretarlo aún más contra su cuerpo. Sus caderas se mecieron juntas, al mismo tiempo que sentía la erección de él sobre el estómago, como una dulce promesa de lo que estaba a punto de disfrutar. Pero no podía esperar más, el calor que la abrasaba entre las piernas era demasiado urgente.

Rowan le apartó el pelo de la cara y la besó en el cuello, mordiéndole con suavidad. Ella gimió de placer, mientras le arañaba la espalda y los hombros y le tiraba de la camiseta. Si no le quitaba la ropa cuanto antes, se volvería loca.

De pronto, sin embargo, Rowan se separó de ella y se puso de pie. Su erección era…

— ¿Qué? ¿Dónde? — balbució ella, incapaz de formar una frase coherente —. ¿Adónde vas?

Él la miró bajo la luz de la luna, jadeando como si hubiera corrido durante kilómetros. Sus ojos eran oscuros, su expresión, indescifrable.

— Buenas noches, Mariama.

— ¿Buenas noches? ¿Eso es todo?

— Tengo que parar — explicó él, bajándose la camiseta —. Las cosas se estaban poniendo demasiado intensas.

A Mari se le clavaron sus palabras como cuchillos. Furiosa consigo misma, se dijo que no debía abrirle su corazón a aquel hombre de ninguna de las maneras.

— Sí, me he dado cuenta — murmuró ella, mientras las imágenes de su sueño erótico con él se mezclaban en su mente con lo que acababa de suceder —. La intensidad que estábamos experimentando hacía unos segundos no tenía nada de malo.

— He de esperar a que estés lista, Mari.

Maldición, aquel hombre era incomprensible, pensó ella.

— Esto… Rowan, por si no te habías dado cuenta, ya estoy lista.

— Solo quiero que estés segura — insistió él, dando un paso atrás con el pelo todavía revuelto por las ardientes caricias — Quiero ver si sientes lo mismo por la mañana. Buenas noches.

Acto seguido, se dio media vuelta, se fue a su habitación y cerró la puerta tras él.

Mari se desplomó sobre el sofá, perpleja y aturdida.

Primero, él la embarcaba en su plan de cuidar al bebé. Segundo, era obvio que la deseaba. Y, aun así, acababa de dejarla plantada.

Ella había estado con otros hombres, con dos, para ser exacta. Con el primero había tenido una aventura de una noche.

Después de eso, al enterarse de que el tipo solo la había utilizado para ganar acceso a su padre, no había vuelto a abrirle las piernas a un hombre durante años. Luego, había tenido un novio tan introvertido como ella. Su relación se había marchitado por falta de interés, tras convertirse nada más en una manera de tener sexo de vez en cuando. De todos modos, la ruptura no había sido fácil pues, a causa de su ego, él no se había tomado bien que lo dejara. Había sido un completo idiota.

Sin embargo, Rowan era un completo caballero. No la había presionado. Ni había intentado aprovecharse.

Y la estaba volviendo loca del todo.

Rowan volvió a su cuarto tan excitado que no pudo dormir el resto de la noche.

La fresca brisa de la mañana bañó su cuerpo mientras se ponía unos vaqueros y un polo. Estaba ansioso por volver a ver a Mari. Nunca antes había deseado tanto a una mujer. Separarse de ella la noche anterior había sido una de las cosas más difíciles que había hecho. Pero estaba haciendo progresos. Mari también lo deseaba.

Durante toda la noche, Rowan no había hecho más que darle vueltas a cuál era la mejor manera de conquistarla. Como ninguno de los dos tenía que dar conferencias ese día, no creía que fuera a costarle mucho convencerla de que se escaparan del congreso unas horas. Luego, había decidido dejarle una flor en la almohada, mientras ella estaba en la ducha. También había pedido que le llevaran a la habitación el desayuno. Y había planeado terminar el día con una cena y un concierto.

Sin embargo, quedaban muchas horas para la noche. Por el momento, ella se había mostrado sorprendida por el desayuno y le había gustado su propuesta de pasar el día juntos. Aunque seguía mirándolo con cierta

desconfianza.

Cuando salió de su dormitorio, Rowan se encontró a Mari esperándolo en el salón, con Issa en sus brazos. Estaba junto al carrito, acunándola, mientras le ponía una de sus botitas rosas.

Ella se había puesto un vestido largo y ajustado de seda que se pegaba a sus curvas mientras se mecía hacia delante y hacia atrás. Y se había colocado detrás de la oreja la flor que él le había dejado en la almohada. Cautivado por su belleza, se quedó un momento parado, contemplándola. Minutos después, Issa cayó dormida y Mari la tumbó en su carrito.

— ¿Adónde vamos? — le preguntó ella con una sonrisa.

— Es una sorpresa.

— Qué nervios — dijo ella. Enderezándose, agarró el manillar del carrito — . Me da un poco de miedo.

— Vamos con un bebé — repuso él y posó una mano sobre la de ella —. No puede ser peligroso.

— De acuerdo — aceptó ella tras un silencio, y apartó la mano para tocarse la flor que llevaba en el pelo —. Y gracias por la flor.

Rowan la besó en el oído, inspirando el embriagador aroma de aquella mujer que lo volvía loco.

— Llevo todo el día pensando en tu sabor.

Tras posarle un rápido beso en la mejilla, Rowan señaló al ascensor y la dejó pasar delante de él, hipnotizado por el vaivén de sus rizos. Haciendo un esfuerzo supremo, se contuvo para no tomarla entre sus brazos. Al recordar el contacto de su trasero, el sabor de su cuello… Maldición, se dijo, tragando saliva.

Por suerte, el ascensor no tardó en bajar, y Rowan no tuvo que estar a solas con ella demasiado tiempo en aquel pequeño espacio, inspirando su aroma.

Sin embargo, justo cuando se abrieron las puertas, dos periodistas

estaban en el vestíbulo del hotel, esperando sus primeras declaraciones a la prensa. Rowan se puso alerta al instante. Aunque sabía que sus guardaespaldas estaban allí para vigilar que no pasara nada, su instinto de protección se agudizaba al máximo cuando estaba con Mari y el bebé.

Mientras Mari empujaba el carrito por el suelo de mármol, con Rowan a su lado, decenas de móviles dispararon sus cámaras y los murmullos aumentaban de volumen.

Un portero les abrió las puertas. Al ver el caos que los esperaba fuera, Mari se puso rígida.

— ¿Seguro que estás dispuesta a hacer esto? — le susurró Rowan al oído —. Podemos volver y cenar en el balcón de la suite.

Mari negó con la cabeza.

— Seguiremos con nuestro plan. Haría cualquier cosa por Issa, para asegurarme de que tenga una familia que la quiera y la cuide como se merece.

Admirado por su determinación, Rowan tuvo que contenerse otra vez para no devorarla a besos. Respirando hondo, se giró hacia los periodistas que los rodeaban.

— Nada de preguntas, solo haremos una declaración — dijo él con firmeza, sin dejar de sonreír —. La doctora Mandara y yo hemos tenido nuestros desacuerdos en el pasado, pero compartimos un objetivo común… que es ayudar a la gente que lo necesita. En vísperas de Navidad, nos hemos encontrado a esta niña indefensa. Ahora, estamos juntos para cuidar de ella hasta que podamos encontrar a su familia. Si Mari y yo podemos trabajar juntos, entonces igual hay esperanza…

Rowan dejó la frase a medias y guiñó un ojo a la multitud con gesto socarrón, provocando la risa general.

— Eso es todo por ahora — continuó él —. Tenemos un bebé, un congreso al que asistir y pensamos ir de compras. Gracias y felices fiestas a todos.

Los guardaespaldas emergieron de entre la multitud para formar una

barrera a su alrededor, mientras caminaban desde el hotel al mercadillo callejero.

— ¿De verdad vamos a ir de compras? — le preguntó ella, mirándolo con incredulidad —. Creí que los hombres lo odiaban.

— Es mejor que estar en el congreso viendo aburridas presentaciones. Pero si quieres volver…

— Cállate — le interrumpió ella, dándole un suave empujón con la cadera mientras caminaban.

— Vamos — indicó él, rodeándola con un brazo por los hombros.

— Gracias.

Si inclinaba la cabeza solo un poco, Rowan podía besarla. Sin embargo, no quería darle a la prensa motivos para hablar de ellos más de la cuenta.

— ¿Gracias por qué?

— Por la rueda de prensa, por ocuparte de todo. Has manejado a los periodistas de maravilla. Envidio tu facilidad de palabra — admitió ella —. Ojalá yo pudiera desenvolverme igual que tú. Hasta ahora, no he tenido mucho éxito huyendo de ellos.

— Solo espero que nuestra declaración y todas esas fotos ayuden a Issa. Piensa que pueden llamar afirmando ser familiares de Issa, solo para hacerse famosos o para acercarse a ti, aunque sea por poco tiempo, pues las pruebas de ADN probarían después que son un fraude.

— Cielos, no lo había pensado — reconoció ella.

Él le apretó el hombro ligeramente para tranquilizarla.

— La policía va a estar muy ocupada quitándose de encima las falsas pistas que se les presenten.

— Por eso querías esperar un día para anunciar de forma oficial que nos estamos ocupando de ella… — susurró Mari, mientras pasaban delante de unos puestos ambulantes.

— ¿Por qué crees que esperé? ¿Creías que era para pasar más tiempo contigo?

— ¿Era por eso? — inquirió ella a su vez, arqueando una ceja.

— Quizá.

Ella apartó la mirada, suspirando.

— Si te digo la verdad, no sé qué pensé. Desde que entré en tu habitación con el carrito del servicio de habitaciones, todo ha ido demasiado rápido. Pero odio pensar que alguien puede aprovecharse de la situación de esta preciosa niña para recibir la atención de los medios o alguna recompensa.

— No te preocupes. Nadie podrá acercarse a Issa ni a ti, hasta que estemos completamente seguros de que dicen la verdad.

Mientras, está segura con nosotros. Ya se gira hacia ti cuando hablas.

— Eres muy amable. Pero creo solo lo hace porque quiere su próximo biberón.

— Piensa lo que quieras, yo sé lo que digo — afirmó él. En su clínica, había visto a cientos de niños con sus madres biológicas o adoptivas y sabía que los vínculos entre un bebé y su cuidadora eran rápidos y muy fuertes.

— ¿Pretendes discutir conmigo? Pensé que íbamos a llevarnos bien. ¿No es eso lo que dijiste en la rueda de prensa?

— Solo quería provocarte — dijo él. Sin poder resistirse, le dio un beso en la frente.

— Ah — dijo ella con una sonrisa, y respiró hondo, disfrutando del aire de la noche —. ¿Y qué vas a comprar hoy? ¿Algo para tu familia?

— En cierto modo, sí — respondió Rowan, deteniéndose delante de una tienda de juguetes.

— ¿Para Issa? — preguntó ella con ilusión.

— Para los niños de mi clínica.

De vuelta al hotel, en el ascensor, Mari se agarró a la barandilla de bronce. Le temblaban las rodillas, y no era por el cansancio, sino por el hombre que tenía a su lado.

Había pasado una tarde de ensueño con él. Los paparazzi los habían seguido, pero Rowan había sabido cómo tenerlos a raya, dándoles la suficiente información para contentarlos. Y lo mejor de todo era que Issa había salido en los medios. Con suerte, sus familiares verían su foto y la reconocerían.

Aunque a Mari se le encogía el corazón al pensar en separarse de la niña, quería lo mejor para ella. Deseaba que Issa se sintiera amada y cuidada.

Mari acarició la suave mejilla a la niña y se derritió cuando Issa levantó la vista hacia ella, mirándola con total confianza. ¿Y si la familia que se ocupara de ella no la amaba como se merecía?, se preguntó, llena de congoja.

Tratando de sacarse de la cabeza aquellos lúgubres pensamientos, Mari se dijo que no debía dejar que nada estropeara aquel hermoso día. Lo único que quería en ese momento era poder pasar más tiempo con Issa. Y más tiempo con Rowan.

¿Más besos, también?

La noche anterior, él la había dejado sola porque creyó que no estaba preparada. Igual tenía razón, caviló Mari. Demasiadas preguntas se agolpaban en su mente. Lo mejor era fluir, dejarse llevar, decidió. En vez de preocuparse por si iba a acostarse con Rowan o no, se limitaría a disfrutar del momento y de la química que compartían.

Sintiendo mariposas en el estómago, empujó el carrito hacia la suite. De pronto, Rowan la detuvo.

— Tenemos visita — advirtió él.

Un segundo después, una mujer se levantó de un salto del sofá.

¿Una mujer? Al instante, un miedo helador se apoderó de Mari, temiendo que fuera la madre de la pequeña.

Pero era una pelirroja con pecas y vestimenta muy sexy.

— ¡Rowan!

Sin pensárselo, la recién llegada se tiró al cuello del médico.

Y el miedo de Mari se transformó en algo peor. Celos.

Capítulo 8

Rowan se dejó embestir por aquel remolino con forma de mujer. Había hablado con su socio y con la mujer de su socio, Hillary, sobre su situación actual. Les había asegurado que Elliot

Starc tenía las cosas bajo control. Pero, al parecer, sus viejos amigos no lo habían tomado en serio.

— Hillary — saludó él, dándole un rápido abrazo a su amiga— .No es que no me alegre de verte, ¿pero qué estás haciendo aquí?

— Deberías saber que la noticia se ha extendido entre la Hermandad y todo el mundo está deseando ayudar — repuso Hillary, dándole una palmadita en el rostro. Luego, miró a Mari y la niña —. Y, por supuesto, tenemos una curiosidad tremenda por conocer tu nueva situación.

— ¿La Hermandad? — preguntó Mari con gesto de confusión.

— Un apodo que usábamos mis compañeros y yo en el instituto — explicó Rowan —. Solíamos llamarnos la Hermandad Alfa.

— Hola, soy Hillary Donovan — se presentó la recién llegada, tendiéndole la mano a Mari —. Estoy casada con un antiguo compañero de clase de Rowan y su actual socio, Troy.

Mari arqueó las cejas.

— Ah… Tu marido es el genio de los ordenadores.

— Dilo sin miedo. Mi marido es el *hacker* conocido como Robin Hood. Todo el mundo conoce la historia de mi marido.

Mari esbozó una sonrisa a modo de disculpa y se inclinó para sacar a la niña dormida del carrito y acurrucarla entre sus brazos.

— No se me dan muy bien las relaciones sociales.

— No te preocupes. Yo hablo por dos — contestó Hillary —. ¡Qué bebé tan adorable! Se llama Issa, ¿verdad?

— Sí — afirmó Rowan, mientras aparcaba el carrito en una esquina —. ¿Lo sabes por las revistas del corazón o te has enterado por la Hermandad?

Sin contestar y sin esperar invitación, Hillary se puso cómoda en el sofá.

— He venido para ayudar. Troy y Rowan son más que socios en la creación de ese programa de ordenador que tanto desapruebas — indicó, guiñándole un ojo a Mari para quitar hierro a su comentario —. También son viejos amigos. Como tenía que hacer unas compras de Navidad un poco especiales, he decidido presentarme aquí y matar dos pájaros de un tiro.

De pronto, la presencia de Hillary cobró sentido para Rowan. Ella estaba al corriente de que su marido actuaba como agente de la Interpol y, en ocasiones, Salvatore la había utilizado para alguna misión. Si no hubiera estado demasiado obnubilado con su doctora princesa, a él mismo se le habría ocurrido que Hillary podía ser la guardaespaldas perfecta para Mari e Issa.

Nadie cuestionaría su presencia, mientras les ofrecía un grado extra de protección.

Cuando la niña se despertó y empezó a lloriquear, Rowan extendió los brazos hacia ella. Mari titubeó, apretándola contra su pecho.

— ¿Mari? ¿Puedo sostenerla? — pidió él, mientras arqueaba las cejas —. Así puedes seguir hablando con Hillary.

— Vaya — dijo Hillary, riendo —. Seguro que se te da muy bien ocuparte de esa cosita tan pequeña. No me extraña que te consideren uno de los solteros más codiciados.

Al ver que la expresión de Mari se tornaba tensa, Rowan se preguntó extrañado si estaría celosa. Su mirada era parecida a la que había esbozado cuando Hillary lo había abrazado hacía unos minutos. Quería que ella lo deseara, sí, pero también necesitaba que confiara en él.

— Déjalo, Hillary. Ibas a hablarnos de las investigaciones de Troy en

internet…

— Sí — afirmó Hillary, y se volvió hacia Mari —. Pero ahora estás ocupado con la niña, Rowan. Así que yo me quedaré con Mari.

Rowan arqueó una ceja, sorprendido por la facilidad con que acababa de dejarlo a un lado. Sin embargo, si se llevaba a Issa a su dormitorio, tendría la oportunidad perfecta para llamar a Troy.

Además, necesitaba pensar cuáles iban a ser sus próximos pasos con Mari. Había hecho progresos con ella ese día. Aunque tenía que convencer a sus amigos de que le dejaran un poco de espacio para seguir con su plan de conquistarla.

Mari se sentó en el sofá. La cabeza le daba vueltas al pensar en lo rápido que cambiaba todo a su alrededor. Además, aquella mujer hablaba a toda velocidad…

— Espera un momento — pidió Mari, levantando la mano — ¿Qué has dicho sobre investigar en Internet sobre el pasado de Issa?

— No pasa nada. Es una investigación legal, te lo prometo.

Troy está del lado de la ley estos días. Y no me importa reconocer que, hace tiempo, no era así. Conozco el pasado de mi marido, igual que supongo que tú conoces el de Rowan.

Ambos cometieron errores, pero están decididos a enmendarse en todos los sentidos.

Mari parpadeó, aturdida por toda la información que aquella mujer disparaba por segundo. ¿Por qué iba Rowan a tener que enmendarse? Aunque en su adolescencia había tenido problemas, toda su edad adulta había estado dedicada a hacer obras benéficas. Nadie podía negar su espíritu filantrópico.

— He leído historias sobre sus buenas obras.

— Rowan hace mucho más que eso.

Mari sabía que la prensa adoraba a Rowan y ella tenía que admitir que su clínica había ayudado a muchas personas. Solo esperaba que pudiera

transformar su programa de diagnóstico en una herramienta más humana y, por lo tanto, más efectiva. Si pudiera hacerlo, miles de clínicas en lugares poco privilegiados podrían beneficiarse de ello.

— Hillary, ¿por qué me dices esto?

— La competitividad y animosidad que hay entre vosotros no es un secreto — indicó la mujer pelirroja, ladeando la cabeza— .

Por eso, me sorprende que estés aquí.

— Estoy aquí por la niña.

— ¿De verdad? — replicó Hillary, y se cruzó de piernas, observándola con escepticismo. Al parecer, no era una mujer fácil de engañar —. Hay millones de maneras de ayudar a Issa sin tener que compartir suite con Rowan.

Mari se enderezó en su asiento, tensa.

— Es un tema demasiado personal para hablarlo con alguien a quien acabo de conocer.

— Tienes razón. Siento haberme entrometido — se disculpó Hillary y, cuando levantó la mano en gesto de rendición, el diamante de su alianza relució bajo la luz —. Me he vuelto muy extrovertida desde que me casé con Troy. Solo quería que supieras que Rowan es mejor persona de lo que mucha gente cree. Incluso es mejor de lo que él mismo cree.

Genial, pensó Mari. Por si lo necesitara, alguien más tenía que recordarle la perfección del doctor Rowan Boothe. Como si ella no lo supiera. Al mismo tiempo, una terrible sensación de inseguridad se apoderó de ella. De todo corazón, ansió estar a su altura, ser la mujer que Rowan siempre había deseado.

Intentando calmar sus pensamientos, Mari se recordó a sí misma que Rowan había estado lanzándole miradas de deseo durante todo el día. Y Hillary tenía razón: ambos podían haber pensado una docena de formas diferentes de cuidar de Issa sin compartir suite.

No tenían por qué seguir jugando, ni por qué fingir más.

Mari se moría de ganas de acostarse con él.

La próxima vez que estuvieran a solas, haría todo lo posible porque ese deseo fuera satisfecho hasta el final.

Al fin, Rowan entró en su suite después de haber cenado con Hillary, Troy y Elliot. Se pasó las manos por el pelo, mientras Mari acostaba a la pequeña en el cuarto de él.

Rowan apreciaba la ayuda de sus amigos, pero se había pasado toda la cena esperando que cada uno se fuera a su habitación y los dejaran solos. Troy y Hillary se quedaban en la suite que había al otro lado del pasillo. Elliot Starc estaba una planta más abajo, monitorizando las furgonetas de vigilancia que había en la calle.

En parte, le sorprendía que sus viejos compañeros se estuvieran esforzando tanto solo porque alguien hubiera abandonado otro huérfano en su puerta.

Rowan sospechaba que el desbordante interés de sus amigos tenía que ver con Mari. Sin duda, él no había sabido ocultar su atracción tan bien como le habría gustado. Sentían curiosidad y, al mismo tiempo, se preocupaban por él.

La historia de Issa se había hecho pública, creando un gran caos. Multitud de periodistas y curiosos se acercaban al hotel para verlos. Además, la policía no hacía más que recibir pistas falsas. Por el momento, no habían hallado nada significativo.

Hillary y Troy estaban revisando el trabajo policial y comprobando las bases de datos de la Interpol.

Rowan comprendía que esas cosas llevaban tiempo, pero al pensar en el futuro de la niña, no podía evitar preocuparse y tomárselo como algo personal.

En algún lugar, la familia de Issa debía de estar viendo las noticias en la televisión. Aunque fuera solo para renunciar a su patria potestad, la madre tenía que acabar dándose a conocer.

Él entendía bien que los vínculos familiares, a veces, no resultaban tan ideales como se esperaba. Los recuerdos de la muerte de su hermano y

de la tristeza que invadió a sus padres le pesaban demasiado. El modo en que Dylan había muerto…

Sin pensar, se dirigió al mueble bar del salón para servirse un vaso de whisky…

Diablos, no.

En vez de alcohol, se sirvió un poco de té de jengibre y tomó una galleta de azúcar. Al día siguiente, Mari y él tenían que dar conferencias y en el fin de semana se celebraría la fiesta de despedida. El tiempo pasaba a gran velocidad. Tenía que aprovechar cada segundo.

Entonces, Mari entró en su habitación.

— La niña duerme profundamente — informó ella. Mientras se acercaba, su vestido de seda se le pegaba al cuerpo al andar.

Dejó el monitor para escuchar al bebé sobre la mesa y se sirvió un vaso de té humeante, con leche y miel. Sosteniendo la taza entre las manos, bebió y suspiró.

Rowan le acarició la mejilla con suavidad.

— ¿Estás bien?

— Sí. Aunque no esperaba que la cobertura mediática fuera tan… agotadora.

¿Era su imaginación o se estaba inclinando hacia él?, se preguntó Rowan.

— Eres una princesa. Todo lo que haces se convierte en noticia — repuso él. Aun así, también le había sorprendido que los medios de comunicación hubieran hecho tal despliegue por su causa.

Había muchas cosas que Mari ignoraba, se dijo Rowan. Troy le había informado de las más variopintas pistas falsas que la policía no dejaba de recibir. Una mujer había asegurado ser la hermana ilegítima de Mari y madre de la niña. Otra llamada provino de una cárcel, diciendo que su hija se parecía a Issa y que podía ser su hermana gemela, que habían creído muerta al nacer.

Todas esas historias habían resultado ser falsas, por eso no había necesidad de disgustar a Mari hablándole de ellas.

— Mis contactos saben discernir la verdad de las patrañas.

— ¿Quiénes son esos contactos de los que no paras de hablar? ¿Te refieres a Hillary y a su marido? — quiso saber ella.

— Fui a un reformatorio militar. Algunos de mis compañeros terminaron trabajando en las fuerzas del orden público — explicó él, y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no quitarle a Mari el vaso de las manos y besarla hasta hacerla olvidar a la prensa y todo lo demás.

— Esa Hermandad Alfa… ¿les confiarías el futuro de Issa?

— Sin dudarlo.

Ella apartó la mirada, meneando la cabeza.

— Me gustaría poder confiar en alguien con tanta seguridad.

— ¿Qué te parece Hillary?

— Es muy habladora y es una gran admiradora tuya — contestó ella, cruzándose de brazos.

— ¿No estarás celosa?

— Al principio, cuando te abrazó… me pregunté si sería tu novia — admitió ella —. Luego, me di cuenta de que no era asunto mío.

— Te besé. Tienes derecho a preguntar — afirmó él, y la miró a los ojos con sinceridad —. Para que lo sepas, soy monógamo.

Cuando estoy con una mujer, no beso a ninguna otra.

Un brillo de alivio asomó a los ojos de Mari.

— Lo que pasó anoche… — comenzó a decir ella, posando la mano en el pecho de Rowan.

— Lo entiendo — aseguró él y tomó la mano de ella entre las suyas para tranquilizarla —. Quieres decirme que no debe volver a pasar.

— Hmm — repuso ella, frunciendo el ceño —. ¿Es que ahora lees la mente? Si es así, por favor, dime por qué insistes en echarte atrás.

— Porque tenemos que cuidar de la niña — apuntó él, y le besó la mano —. Tu devoción por ella es algo maravilloso.

— Gracias. Lo mismo digo de ti.

— ¿Un cumplido? No lo esperaba — admitió él, soltándola.

— ¿Por qué no? — quiso saber ella, y se acercó un poco más, hasta que sus pechos quedaron pegados al torso de él.

A Rowan no le pasó desapercibido tan sensual acercamiento. Con el pulso acelerado, se preguntó hasta dónde pensaba ella llegar.

— Siempre me has dejado claro que no te gustamos ni yo ni mi trabajo — indicó él.

— Esa sería una buena razón para mantener las distancias contigo — continuó ella, posando la otra mano en su pecho y colocando su boca solo a milímetros de sus labios.

— Para que lo sepas… planeo conquistarte, volverte loca — confesó él, mientras se sumergía en sus ojos color ámbar, en su piel cremosa y ligeramente sonrojada.

— Eres… — susurró ella, sin dejar de mirarlo a los ojos — un hombre sorprendente. Pensé que te conocía, pero ahora me doy cuenta de que no sé nada de ti. Aun así, quiero que sepas que el beso de anoche…

— Fue más que un beso — le interrumpió él con voz ronca.

— Tienes toda la razón del mundo — opinó ella, tocándole los labios con la punta del dedo.

Rowan la agarró de la muñeca con suavidad.

— Pero no voy a hacerte el amor hasta que me lo pidas.

— Tienes mucha confianza en ti mismo — musitó ella junto a su boca.

— No pierdo la esperanza.

— Bien. Porque ahora te lo estoy pidiendo.

Capítulo 9

Mari se puso de puntillas para besarlo, poseída por el más ardiente deseo. Al fin, iba a estar con él, rindiéndose a la poderosa atracción que los unía. En ese momento, supo que ambos habían estado esperando ese instante durante años.

— No podemos hacer ruido para no despertar a Issa — le susurró ella, después de mordisquearle el labio inferior.

— Hmm… — gimió él —. Suena tentador.

— ¿Ah, sí? — le retó ella, acariciándole la espalda con la punta de las uñas.

— ¿Me estás provocando?

Mari le metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

— Sin lugar a dudas.

Rowan ladeó la cara para mirarla a los ojos.

— ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Ella le apretó sus apetitosos glúteos.

— ¿Puedes dejar de ser tan caballeroso? Te estoy proponiendo hacer, estoy sobria y muy excitada. Si no lo tienes lo bastante claro, deja que te lo diga de nuevo. Llévame a la cama o al sofá, adonde quieras, pero hazlo ahora mismo.

Una lenta sonrisa le iluminó el rostro de Rowan.

— Estaré encantado de complacerte, porque me vuelves loco por completo.

Mari sintió mariposas en el estómago ante su cálida voz y sus caricias. Rowan la hacía sentir una mujer sexy y atractiva.

No podía negar que siempre lo había encontrado atractivo.

¿Qué mujer podía resistirse a sus encantos? Era un hombre guapo a rabiar y, al mismo tiempo, actuaba como si no fuera ajeno a su belleza. Los brillos dorados de su cabello eran fruto del sol y sus músculos no provenían de un gimnasio, sino del trabajo duro.

Y aquellas manos con callos, firmes y fuertes… Mari podía llegar al éxtasis solo de sentir su contacto.

Rowan deslizó los dedos bajo los tirantes de su vestido de seda. La besó en el cuello, en el hombro y le mordisqueó el tirante del sujetador de satén color champán. Mari echó la cabeza hacia atrás, dándole acceso libre. Aunque no pensaba ser la parte pasiva en su encuentro. Con las manos, le recorrió los músculos de los brazos y siguió bajando hasta su cintura.

Después de sacarle la camiseta de los pantalones, ella deslizó los dedos debajo para acariciar su piel caliente. Le palpó la espalda, los hombros… Su más atrevida fantasía se estaba haciendo realidad.

Incapaz de esperar un segundo más, Mari le quitó la camiseta por la cabeza y la tiró a un lado. Los ojos de él ardían de deseo, mientras le bajaba los tirantes del vestido y el pedazo de seda caía al suelo despacio, deteniéndose un momento en sus caderas. Ella se deshizo de las sandalias y salió del vestido, solo con la ropa interior.

Rowan la recorrió con la mirada con ansiedad, mientras ella admiraba su piel bronceada por el sol africano, su ancho pecho, su vello rizado. Muy despacio, él le acarició los pechos por encima del sujetador y, al instante, los pezones se lo endurecieron. Necesitaba estar lo más cerca posible de él, cuanto antes.

Dejándose envolver por sus brazos y por el calor de su cuerpo, Mari apenas podía esperar.

— Aquí — rogó ella —. En el sofá o en el suelo. No me importa.

Por favor, date prisa.

— Princesa, he esperado demasiado tiempo como para darme prisa ahora. Pretendo tenerte por completo, en una cama como es debido.

— Bien — aceptó ella, sin aliento —. Donde sea. Cuanto antes, mejor — añadió, y le tiró de la cintura de los pantalones.

— Me gustan las mujeres que saben lo que quieren. Diablos, en realidad, solo me gustas tú.

Entonces, Rowan le desabrochó el sujetador con manos diestras y le cubrió ambos pechos con las manos.

Cegada por la pasión, Mari se dio cuenta de que seguía teniendo la mano en el cinturón de él. Se lo desabrochó y, luego, hizo lo mismo con la cremallera, para deslizar la mano dentro y encontrarse con una dura erección. Rowan gimió de placer al sentir su mano, mientras ella inspiraba su olor a jabón y a sudor y lo acariciaba hacia delante y hacia atrás.

— Tenemos que ser silenciosos — le recordó ella.

— Los dos — puntualizó él, mirándola a los ojos con un brillo provocador.

Rowan le introdujo una mano en las braguitas, tocándola entre las piernas. Estaba húmeda y caliente, lista para él.

Ella se mordió el labio para contener un gemido de placer, mientras él deslizaba dos dedos dentro, cada vez en más profundidad, acariciándola. Cada vez más mojada, ella se agarró a sus hombros, dejándole la marca de las uñas. Con cada caricia, le temblaban más las piernas, hasta que él tuvo que sujetarla de la cintura.

— Vamos a la cama — suplicó ella, cerca del éxtasis.

— Pronto, te lo prometo — le susurró él al oído —. Pero, primero, tengo que protegerte.

Ella apretó los dientes, su urgencia frustrada.

— Rowan, hay guardaespaldas dentro y fuera del hotel. ¿Podemos hablar de las fuerzas de seguridad después?

Sosteniendo el rostro de ella entre las manos, Rowan la besó en la punta

de la nariz.

— Me refiero a los preservativos.

— Ah… — repuso Mari, sorprendida por no haberlo pensado ella misma antes. Se había acercado a él esa noche con la intención de seducirlo y no había tenido en cuenta lo más importante. Eso era lo que le pasaba a su coeficiente de inteligencia cuando estaba bajo los efectos del deseo.

— Voy a ocuparme de ello — indicó Rowan, la soltó y salió de la habitación.

Al instante, regresó con una caja de preservativos que lanzó a la cama.

— Cielos — comentó ella con una sonrisa —. Eres un hombre ambicioso.

— Me lo tomaré como un reto.

— En esta competición, los dos salimos ganando. Ahora, vamos a librarnos de esos vaqueros.

— Tus deseos son órdenes, princesa — dijo él, se quitó los zapatos de una patada y los vaqueros después, sin dejar de mirarla.

Su erección luchaba por salir de los calzoncillos. Mari extendió los brazos hacia él y se dejó envolver por sus besos. ¡Y qué besos! Rowan se dedicaba a ella con total entrega y con una intensidad arrebatadora, como si no hubiera para él nada más en el mundo.

Sin esperar más, se tumbó con ella en la cama, sobre el edredón y las suaves almohadas. Solo una cosa faltaba para que todo fuera perfecto, algo que Mari pensaba arreglar en ese mismo momento. Le introdujo los dedos en la cintura de los calzoncillos y se los bajó. Él sonrió mientras su ropa interior caía al suelo. Al fin, estaban piel con piel, desnudos los dos. Su rígida erección se apretó contra el estómago de ella, incendiándola con la promesa del placer que la esperaba.

Mari lo rodeó con sus piernas, meciendo las caderas contra él, mientras la besaba en el cuello, lamiéndola todo el camino hasta los pechos. La tocó y la saboreó con destreza, deteniéndose en sus zonas más sensibles.

Y ella quería darle el mismo placer.

Sin hacerse esperar, le acarició la erección, animada por sus suaves y roncos gemidos. Con el dedo pulgar, le recorrió la punta, mientras imaginaba todas las formas en que quería darle placer esa noche, con las manos y con la boca, allí y en la ducha.

Sin dudarlo, le susurró sus fantasías al oído, haciendo que su erección creciera aún más.

Gimiendo, agarró la caja de preservativos. Se puso de lado y la sujetó de la muñeca, apartándole la mano para ponerse uno.

Ella lo observó, decidida a hacer ella misma ese ritual la próxima vez.

¿La próxima vez? Sin duda, habría más veces. Y más noches.

Mari ya estaba pensando en el futuro y eso le daba un poco de miedo. Era mejor vivir el presente y saborear aquel delicioso momento, se dijo.

Cuando Rowan se tumbó sobre ella, Mari lo agarró de los hombros, entregándose a la dulce presión de su miembro entre las piernas. Entrelazó los tobillos alrededor de la cintura de él, con los ojos clavados en su precioso rostro.

— Tus piernas me vuelven loco, ¿lo sabías? — le susurró él, agarrándola de una rodilla.

— Tú también me estás volviendo loca con tanta espera. Te deseo. Ya — pidió, clavándole los tobillos en los glúteos para empujarlo hacia su interior.

Necesitaba que la poseyera en ese mismo instante.

Mari arqueó la espalda, rindiéndose a sus arremetidas, suspiro con suspiro. El sudor bañaba sus cuerpos, mientras la tensión sexual crecía y crecía en el vientre de ella.

Rowan la tocaba con dulzura y sensibilidad, pero Mari no quería eso. Necesitaba sentir toda su ferocidad y llegar al clímax

cuanto antes. Entonces, ella lo empujó de los hombros y le hizo darse la vuelta para montarse encima de él. Cada vez más deprisa, con los ojos clavados en la mirada de aprobación de él, se movió sobre su erección

a un ritmo imparable. Al mismo tiempo, Rowan le acariciaba los pechos, trazando círculos en sus pezones e intensificando las oleadas de placer. Ella se dejó llevar por las sensaciones que la inundaban, cabalgando sobre él, llevándolos a ambos a lo más alto.

En pocos segundos, llegaron al orgasmo al mismo tiempo.

Mari tuvo que morderse los labios para no gritar. Rowan apretaba la mandíbula, con gemidos contenidos.

Con cada oleada de éxtasis, Mari quedó sumida en un mar de satisfacción y languidez. Se dejó caer sobre su pecho de, que subía, bajaba y latía con rapidez bajo su oído. Rowan la rodeó con fuerza con sus brazos.

Mientras las últimas corrientes de placer le hacían estremecerse, Mari sintió que el agotamiento la llevaba a las puertas del sueño. Pero no quería dormirse, pues sabía que le esperaba una mañana llena de preguntas y posibilidades que podían echar a perder aquel mágico momento. Por eso, intentó concentrarse en las luces de los veleros que flotaban sobre el mar, en la distancia, para mantenerse despierta hasta recuperar las fuerzas y poder realizar todas las fantasías que tenía con Rowan.

Quería sacar el máximo partido de la noche, porque, tal vez, no volvería a disfrutar de otra oportunidad así.

— ¿Estás dormido?

La dulce voz de Mari sacó a Rowan de sus ensoñaciones. Él la había deseado durante años. Pero jamás había imaginado lo impresionante que podía ser hacer el amor con esa mujer.

Cada célula de su cuerpo estaba impregnada de su sedoso tacto, de su aroma a flores, de deseo por tomarla una y otra vez hasta que…

Rowan inspiró hondo, tratando de no pensar que aquello llegaría, antes o después, a su fin.

— Estoy despierto. ¿Quieres algo?

Inclinándose, agarró las sábanas que tenía enredadas en los pies y los

cubrió a ambos con ellas.

Mari se apretó contra él y jugueteó con el vello de su pecho.

— Estoy bien. Me encanta estar aquí, justo así. Los últimos dos días han sido como un torbellino. Es un alivio poder disfrutar del presente.

— Estoy de acuerdo — repuso él, y la besó en la cabeza, pensando en las pulseras que le había comprado en el mercadillo. Estaba esperando el momento adecuado para regalárselas.

Mari lo miró con los ojos entornados.

— Eres muy bueno con Issa. ¿Alguna vez has pensado en tener tus propios hijos?

Rowan se quedó paralizado un momento. Había renunciado a tener una familia hacía mucho tiempo, cuando su hermano y él habían provocado que una mujer perdiera a su bebé a causa de un accidente de coche. Y toda esperanza de resucitar sus sueños murió el día en que su hermano se estrelló contra una casa con su camión.

Sumido en sus tristes recuerdos, le acarició el vientre a Mari.

Él había construido una clase distinta de familia con sus pacientes y con sus compañeros de la Hermandad.

— En la clínica, mis niños me necesitan y dependen de mí.

— ¿Entonces sabes que es posible amar a niños con los que no tengas ningún lazo de sangre?

¿Adónde quería ella ir a parar?, se preguntó Rowan. Al instante, comprendió. Mari estaba pensando en la posibilidad de quedarse con Issa.

— ¿Estás ya demasiado apegada a esa linda ratita?

— ¿Cómo no iba a estarlo? — replicó ella, mirándolo a los ojos—

. Me preguntó si Issa llegó a mí por alguna razón. Siempre he pensado que no iba a casarme. Creí que eso significaba que no tendría hijos, incluso creí que no se me daban bien. Pero, con Issa…

Pronto se averiguaría la procedencia de Issa. Troy y Hillary estaban siguiendo varias pistas para dar con su familia. Y él odiaba pensar que Mari sufriría cuando tuviera que separarse de ella.

— Sé que solo han pasado un par de días y puede que Issa tenga una familia que la quiere. O puede que su madre cambie de idea. Lo que pasa es que odio estar en el limbo.

Rowan le apartó el pelo de la cara y la besó.

— Te prometo que pronto saldremos del limbo — aseguró él, sintiéndose de pronto culpable por haberla metido en aquella odisea —. Mis amigos y yo no descansaremos hasta que averigüemos la verdad sobre el pasado de Issa. Y eso es bueno, supongo que lo sabes.

— Claro que lo sé. Cambiemos de tema — pidió ella con una sonrisa temblorosa —. Es admirable lo rápido que han venido tus amigos a ayudarte.

— Es lo que hacemos los unos por los otros — afirmó Rowan. Él también había hecho todo lo posible para ayudar a su amigo Conrad a reconciliarse con su mujer a principios de año. Conrad le había ayudado a fundar la clínica.

— A pesar de vuestros azarosos años adolescentes, tus amigos y tú habéis convertido vuestras vidas en un éxito. Puede que no esté de acuerdo con algunos de tus proyectos, pero tu dedicación a los demás es incuestionable — indicó ella —. No es ningún secreto, tampoco, que tu amigo Conrad Hughes, propietario de un casino, ha donado mucho dinero para tu clínica.

Tenso, Rowan quiso poder contarle más sobre la Hermandad Alfa y las actividades que mantenía en la sombra.

Por una parte, quería advertirle que era mejor que no se apegara a él. No muchas mujeres podían soportar la doble vida que suponía su trabajo como agente de la Interpol. Mari ya tenía un destino lo bastante complicado por ser princesa. Era mejor hablar de cosas de domino público y dejar todo lo que estuviera abierto a la especulación, decidió.

— Conrad invirtió en la fundación de mi clínica cuando yo apenas tenía nada. Mi fortuna financiera llegó después.

— No tienes por qué ser tan modesto. Incluso antes de inventar tu programa de diagnóstico, podías haber trabajado como médico en cualquier centro privado y haberte hecho rico.

En vez de eso, optaste por venir a la zona más pobre del mundo.

Con un gruñido, Rowan deslizó la mano por debajo de la sábana para tocarle el trasero, con la esperanza de distraerla.

— Entonces, salí adelante. Igual que ahora.

— Ya, con los millones que has hecho con tu programa — dijo ella con una sonrisa —. Podría ayudarte a mejorarlo, si quieres.

— ¿De verdad quieres hablar de eso y arriesgarte a tener una acalorada discusión? — preguntó él, dándole una palmadita en el trasero.

— ¿Por qué te cierras en banda? Ya sabes que hagas lo que hagas, la prensa está enamorada de ti. Deberías sacarle partido a eso, también.

— No, gracias.

— Entiendo tu reticencia — repuso ella —. Pero piénsalo bien.

Podrías difundir tu historia e inspirar a muchos jóvenes.

Deberías contarles lo mucho que estudiaste para convertirte en médico y cómo lograste hacer una fortuna que destinas a ayudar los demás.

— No la dedico a los demás — farfulló él, malhumorado por el rumbo que estaba tomando la conversación. No quería hablar con la prensa más de lo justo por eso. Odiaba que indagaran en su pasado o que le colgaran la etiqueta de santo, algo que no se merecía —. Si lo donara todo, me quedaría sin nada y no podría seguir trabajando. Lo que hago es invertir con cabeza.

— Al mismo tiempo que donas grandes sumas de dinero y todo tu tiempo.

Por mucho dinero que donara, nunca conseguiría librarse de su pesada sensación de culpa, se dijo Rowan.

— Déjalo ya, por favor — rogó él, y la besó para acallarla— .

Hago lo que hago porque me parece lo correcto. Tengo que pagar por mis errores.

— ¿Por el accidente de coche que tuviste borracho cuando ibas al instituto? — inquirió ella, frunciendo el ceño —. Yo diría que has pagado de sobra por ello. Podrías contratar a otros médicos para ayudarte.

— ¿Cómo es posible pagar de sobra por las vidas perdidas? — rugió él, incapaz de contener sus sombríos pensamientos — ¿Sabes por qué me condenaron a un reformatorio militar durante los dos últimos años de instituto?

— Porque conducías borracho y una mujer resultó herida. Fue un error terrible, Rowan, nadie lo niega. Pero está claro que le has dado un giro de ciento ochenta grados a tu vida.

— Conoces bien mi programa de diagnóstico, aunque es obvio que no has investigado a fondo quién soy en realidad — replicó él. Soltándola, se incorporó en la cama, con la cabeza entre las manos. El peso de su pasado le resultó, una vez más, insoportable —. La mujer que conducía el otro coche estaba embarazada. Perdió al bebé.

— Oh, no, Rowan. Debió de ser horrible para ella — dijo Mari llena de tristeza, mientras le posaba la mano en la espalda —. Y qué carga tan pesada de sobrellevar para ti, como conductor del coche.

Mari no conocía ni la mitad de la historia. Ni nadie. Para poder contarle toda la verdad, Rowan tendría que manchar la memoria de su hermano. Pero se decidió a confesarlo todo por primera vez.

— No era yo quien conducía.

— Las noticias dijeron que sí — señaló ella, sentándose a su lado.

— Es lo que le contamos a la policía. Los dos declaramos que yo era el conductor.

Mari se quedó mirándolo un instante, sin comprender.

— ¿Tu hermano era quien manejaba el volante esa noche? ¿Y estaba borracho?

Rowan asintió.

— Los dos resultamos heridos en el accidente y nos llevaron al hospital. Cuando recuperé la conciencia después de una intervención quirúrgica por una punción en el pulmón, mi madre estaba conmigo. Mi padre estaba con mi hermano, que se había roto la nariz y la mandíbula. Querían que nos pusiéramos de acuerdo en lo que íbamos a contar antes de hablar con la policía.

Los recuerdos de esa noche se abalanzaron sobre él, llenos de dolor y de culpa.

— ¿Tus padres te pidieron que mintieras por tu hermano? — inquirió ella, horrorizada.

— Los dos estábamos borrachos esa noche, pero mi hermano tenía dieciocho años. Yo solo tenía dieciséis. Como era menor, la pena sería menos dura para mí, mientras que podían enviar a Dylan a la cárcel. Si confesaba que yo había ido al volante, Dylan todavía podía enderezar su vida y tener un futuro.

— Entonces, te llevaste la culpa por él. Dejaste que te sentenciaran a un reformatorio porque tu familia te presionó.

Oh, Rowan… — susurró ella, acariciándole el pelo —. Lo siento mucho.

— Esa noche todos fuimos culpables — continuó Rowan, entrelazando sus dedos con los de ella —. Para empezar, podíamos haber llamado a un taxi para volver a casa desde la fiesta o podíamos haberle pedido a alguien que nos llevara —

recordó —. Yo no conducía, pero fui culpable de dejar que mi hermano lo hiciera.

Dylan había sido un joven carismático y Rowan siempre lo había admirado. Cuando le había contado que estaba logrando dejar de beber, él lo había creído.

— Pero tu hermano también tuvo la culpa. ¿Acaso él no merecía pagar por lo que le pasó a esa mujer y por haberte hecho renunciar a tus últimos años de adolescencia?

La vida, no obstante, no podía analizarse con tanta facilidad.

No había blancos ni negros, sino una amplia y confusa gama de grises, reflexionó él.

— Mi hermano pagó, y mucho, por esa noche y por mis decisiones — afirmó Rowan. Si él hubiera actuado de otra manera, Dylan seguiría vivo —. Dos años después, tuvo otro accidente borracho. Se estrelló con una casa y murió. Así que ya ves, lo que hice le costó la vida a dos personas.

Mari se arrodilló delante de él. Tenía el pelo moreno revuelto y lo miraba con intensidad con sus hermosos ojos color ámbar.

— Tenías dieciséis años y tus padres te presionaron para tomar la decisión equivocada. Te sacrificaron a ti para salvar a tu hermano. No actuaron bien.

Sus palabras cayeron como ácido sobre las heridas abiertas de Rowan. Se levantó de la cama. Necesitaba poner distancia con ella y su insistencia.

— No me estás escuchando, Mari — le espetó él, poniéndose los calzoncillos y los pantalones —. Acepto la responsabilidad de mis actos. No era un niño. No tenemos por qué culpar a otras personas por nuestras equivocaciones.

Y lo más irónico de todo era que, cuanto más intentaba él rectificar sus errores, más gente quería verlo como una especie de santo. Necesitaba respirar aire fresco cuanto antes.

El sonido del teléfono irrumpió. El móvil de Rowan sonaba desde su habitación.

— Iré a contestar antes de que despierte a Issa.

Aliviado por tener una excusa para escapar de las preguntas de Mari, Rowan salió de la habitación. ¿Por qué no podían hacer el amor sin más, hasta hacer que el resto del mundo se desvaneciera?

En su dormitorio, tomó el teléfono y se dirigió con él al salón. El nombre de Troy Donovan apareció en su pantalla.

Sin duda, su amigo debía de haber averiguado algo importante. Si no, no lo estaría llamando en medio de la noche, pensó.

— ¿Qué pasa? — preguntó Mari desde la puerta, con la sábana envuelta alrededor del cuerpo.

— No lo sé — dijo él y apretó un botón para responder la llamada —. ¿Sí?

— Hola, Rowan — saludó Hillary al otro lado de la línea —. Soy yo. Troy ha encontrado a la madre de Issa. Todavía está trabajando en ello, pero cree que vive en una de las islas de alrededor.

Capítulo 10

Mari meció a Issa en sus brazos bajo el sol del mediodía.

Aquella podía ser la última vez que lo hiciera.

Con el corazón roto, se dijo que quizá solo le quedaban minutos junto a esa preciosa criatura a la que ya quería con toda su alma.

Troy Donovan había examinado al detalle los vídeos grabados con las cámaras de vigilancia del hotel, uniendo unas imágenes con otras desde distintos ángulos, para seguir la pista de la mujer que había dejado a Issa en el carrito. De alguna manera, por otra parte, había conseguido dar con la matrona que había ayudado en el parto de Issa. Ella había sido quien había identificado a la madre y había demostrado la identidad de la niña gracias a las huellas de sus pies que tenían archivadas en el hospital.

La joven madre había trazado un plan meticuloso, incluso había averiguado el horario de conferencias de Rowan y había logrado que la contrataran en el hotel temporalmente durante el periodo de vacaciones. Por eso, no estaba en la lista de empleados fijos del complejo turístico.

Al parecer, había sufrido una crisis de ansiedad tras abandonar a su hija y estaba ingresada. Issa no tenía abuelos, pero tenía unos tíos que la querían. Ya tenían cincuenta años y cuatro hijos mayores, pero no habían titubeado en reclamar a su sobrina. Poseían una pequeña galería de arte en la costa y tenían mucha experiencia con niños. No eran ricos, pero su negocio y sus vidas eran estables.

Todo indicaba que podían ofrecerle a Issa una vida maravillosa y llena de amor. Aun así, Mari apenas podía respirar al pensar en entregar a la niña, a pesar de que sabía que era lo mejor.

Cuando la puerta se abrió, Mari se encogió, apretando a la pequeña contra su pecho. Rowan entró con mirada ojerosa.

— ¿Alguna novedad? — preguntó Mari, sintiéndose culpable por desear que, de alguna manera, pudiera quedarse con Issa.

Ella no estaba en posición de cuidar un bebé. Ni siquiera se había planteado nunca ser madre. Pero, en ese momento, no podía pensar en otra cosa.

Rowan meneó la cabeza y se sentó en el sofá a su lado, entrelazando sus miradas.

— La nota de la madre era sincera. Su marido era soldado y murió en una disputa fronteriza. La mujer que viste alejándose del carrito en aquella ocasión era la madre de Issa. Tiene una familia que la apoya en el interior de la isla. Pero, al parecer, la muerte de su marido, justo cuando Issa acababa de nacer y ella sufría depresión postparto, fue un golpe muy duro.

La última información era nueva para Mari. Issa no había sido abandonada a causa del egoísmo de su madre, sino por culpa de una enfermedad mental.

Mari abrazó a la pequeña con gesto protector. ¿Habrían sido diferentes las cosas si la familia de la madre de Issa la hubiera cuidado más? ¿O tal vez ellos habían ignorado su enfermedad?

En medio de un mar de preguntas, se dio cuenta de que solo estaba buscando a alguien a quien culpar, una razón que justificara quedarse con Issa. El aroma a jabón para bebés se mezclaba con el suave aliento de la niña. Era una criatura tan adorable…

Cuando la pequeña se removió en sus brazos, Mari se obligó a relajarse.

— ¿Ahora qué?

— Regresa con su familia — repuso él, sin andarse con rodeos.

— ¿Dónde estaba su familia cuando la madre de Issa estaba tan desesperada? — quiso saber Mari. Necesitaba estar segura de que era lo mejor para Issa antes de poder renunciar a ella.

Rowan le acarició el pie a la niña, que empezaba a desperezarse.

— Sus tíos aseguran que ofrecieron su ayuda y que ignoraban lo mal que lo estaba pasando la madre.

— ¿Y los crees?

— No viven cerca, así que es creíble que no se percataran de ello. Issa solo tiene tres meses — contestó él y se puso en pie para volver a dar vueltas por la habitación —. Acudieron al funeral de su marido hace seis semanas, le dejaron algo de dinero y la llamaron varias veces después, pero la madre les dijo que estaba bien.

— Y la creyeron — apuntó Mari con desconfianza. Sin poder evitarlo, buscaba con desesperación una razón por la que los tíos de Issa no fueran adecuados para cuidar de la pequeña.

— Por todo lo que sabemos, son buena gente. Obtienen ingresos estables — afirmó él y se detuvo frente a la ventana, apoyándose en el cristal con un pesado suspiro —. Quieren la custodia de Issa y no veo que haya ninguna razón legal o moral para no dársela.

— ¿Y lo que nosotros queremos? — preguntó ella, sin pensarlo.

— No tenemos derecho a quedárnosla — señaló él, volviéndose hacia ella —. Esto es lo mejor que podía haber pasado. La primero noche, cuando hablamos con los policías, los dos esperábamos que pudiera hallarse una buena solución.

— Me doy cuenta… pero…

— La quieres — adivinó él.

— Claro que me importa.

— No es eso lo que he dicho — replicó él con una media sonrisa.

— Solo la conozco desde hace unos días — indicó Mari, tratando de encontrar algo de lógica a sus sentimientos.

— He visto a demasiadas madres primerizas como para saber lo rápido que se crean vínculos.

— No soy la madre de Issa.

— Lo has sido durante estos días. Has hecho todo lo que haría una madre para proteger a su hija. No me sorprende que quieras quedarte con ella.

— No estoy en situación de cuidar a un bebé — reconoció ella con un nudo en la garganta —. Issa tiene parientes que la quieren y sé lo que tengo que hacer.

— Quieres lo mejor para ella, como una buena madre — afirmó él y se acercó para tomar el rostro de Mari entre las manos, mirándola a los ojos.

Ella inspiró hondo, encontrando fuerza en su cálido contacto.

— ¿Estás intentando ablandarme?

— Me duele que pienses que sea tan manipulador — dijo él y le guiñó un ojo.

— Ja — repuso ella, medio riendo —. Ahora estás intentando hacerme reír para que no llore.

Rowan le masajeó la cabeza con suavidad.

— Puedes llorar si lo necesitas.

Ella negó con la cabeza.

— Creo que solo necesito seguir acunándola. Quizá, hasta le cante unos villancicos hasta que llegue su familia. Sé que ella no me recordará, pero…

El timbre de la puerta sonó y, un segundo después, Hillary entró, seguida de Troy. Mari suspiró aliviada porque todavía no fueran los tíos de Issa.

Hillary sonrió con gesto amable.

— La familia de la niña está subiendo.

— Gracias por vuestra ayuda para encontrarla — dijo Mari, haciendo un esfuerzo supremo porque no le temblara la voz, mientras un torrente de emociones se arremolinaba en su interior.

Troy se sentó en el sofá junto a su esposa, rodeándola con el brazo por los hombros.

— Me alegro de que pudiéramos resolver este problema rápido.

Aun así, Mari se sentía como si se hubiera pasado toda una vida con Rowan y la niña.

Hillary se acurrucó bajo el brazo de su marido.

— Mari, ¿te ha contado Rowan que dimos con la pista que nos ayudó a encajar todas las piezas del rompecabezas gracias a la atención que suscitaste en los medios de comunicación?

— No, que yo recuerde — respondió Mari. Tal vez, Rowan le había comentado algo que a ella se le había pasado por alto.

Desde que se había enterado de que Issa iba a irse, había estado un poco ida.

— Gracias al enorme interés que tu nombre inspiró a los medios, nos contactó una matrona cuya historia resultó verídica. Le mostramos la imagen que habíamos compuesto de la madre de Issa a partir de distintos ángulos de la cámara — explicó Hillary, llenando el tenso silencio —. E identificó a la mujer como una paciente a la que había ayudado en el parto. A partir de ahí, todo empezó a encajar. La matrona nunca habría sabido nada de esto si no hubiera sido por ti y por Rowan. Has orquestado todo de forma admirable, Mari.

— Con vuestra ayuda. Rowan es afortunado de tener tan buenos amigos.

Y, con aquellas palabras, Mari se dio cuenta de que no tenía a quien acudir en caso de crisis. Tenía compañeros de profesión y tenía algunos familiares con los que siempre había mantenido las distancias. Se había pasado toda la vida encerrada en su laboratorio. Se había escondido del resto del mundo, huyendo de cualquier relación significativa con la misma decisión con que había huido siempre de la prensa. Además, se había acostumbrado a apartarse de sus padres para no sufrir su desaprobación… su padre había querido que asumiera el rol de princesa y su madre la había animado a ser una niña rebelde y a albergar las ambiciones más atrevidas. En los últimos tiempos, ella los había decepcionado a ambos. Rowan y la pequeña Issa eran las primeras personas a las que se apegaba en años…

Y le rompía el corazón tener que despedirse de ellos.

Mari no quería sufrir. Quería volver a estar a salvo en su antiguo mundo. Prefería la tranquilidad y el orden de su laboratorio de investigación, donde podía cuantificar los resultados y predecir los desenlaces.

Cuando el timbre de la puerta sonó de nuevo, Mari tuvo que morderse la lengua para no gritar que se fueran. Debía comportarse con calma y no hacer nada que pudiera intranquilizar a Issa.

Rowan contempló la escena con impotencia mientras Mari le entregaba la niña a sus parientes… una pareja a la que él había hecho investigar a fondo. Cuando, en incontables ocasiones, había localizado familias de adopción para huérfanos, siempre había tenido cuidado y se había sentido responsable.

Aunque nunca había sentido un peso tan grande sobre los hombros.

Observó a la pareja que tenía delante. Ambos tenían unos cincuenta años. El hombre llevaba un impecable traje de lino y la mujer un vestido colorido con un pañuelo a juego en la cabeza. La tía de Issa la sostuvo en sus brazos, mientras su tío llevaba una bolsa de pañales.

Mari se retorció las manos delante de ella, claramente conteniéndose para no arrancarle a Issa de los brazos.

— Le gusta que la sujeten muy pegadita al cuerpo, pero mirando hacia delante para que pueda ver lo que pasa. Y tienen que ayudarle a eructar cada vez que tome un poco de leche, si no, regurgitará. Le gusta la música…

Entonces, a Mari se le quebró la voz.

La tía de Issa le puso la mano en el brazo.

— Gracias por haberla cuidado tan bien, princesa. Si hubiéramos conocido las intenciones de su madre, nos habríamos ofrecido para ocuparnos de Issa de inmediato. Pero, cuando una joven madre te asegura que está bien, ¿cómo vas a ofrecerte a llevarte a su hija? Sin embargo, puede estar tranquila, pues vamos a llenarla de amor. Nos aseguraremos de que siempre sepa que usted ha sido su ángel guardián.

Mari solo fue capaz de asentir.

Troy intervino para romper el incómodo silencio.

— Mi mujer y yo les acompañaremos a su coche por la puerta de atrás, para evitar el acoso de la prensa.

Por suerte, Troy se apresuró a llevárselos de allí antes de que aquella separación siguiera partiéndole el corazón en dos a Mari.

Rowan le lanzó una última mirada a la preciosa criatura, tragó saliva y se giró hacia Mari.

En cuanto la puerta de la suite se cerró tras los Donovan, a ella le fallaron las rodillas.

Se dejó caer en la mecedora, inclinándose hacia delante mientras se forzaba a respirar. Su hermoso rostro estaba tenso por el dolor.

— Rowan, no creo… — balbució ella y se mordió el labio para contener un gemido —. No puedo… no puedo dar la conferencia que tengo asignada para esta tarde.

— Llamaré al coordinador del congreso — señaló él, rodeándola los hombros —. Le diré que estás enferma.

— Pero yo nunca me pongo enferma — repuso ella —. Nunca me escapo del trabajo. ¿Qué me está pasando?

— Estás pasando por el duelo de una separación — contestó él —. Eres humana.

Lo mismo le pasaba a Rowan. La pequeña había logrado atravesar sus defensas, que él se había procurado tras años de lidiar con la pobreza extrema y la enfermedad.

— Solo la conozco desde hace unos pocos días. No es hija mía… — dijo Mari, llevándose la mano al pecho —. No debería estar tan disgustada.

— La querías… y todavía la quieres — afirmó él, tras arrodillarse delante de ella. Entonces, le acarició el rostro para darle consuelo cuando más lo necesitaba —. De eso no cabe ninguna duda.

— Lo sé, maldición — admitió ella, limpiándose las lágrimas — No quiero pensarlo. No quiero sentir nada de esto. Solo quiero…

Mari lo agarró de la camisa y lo atrajo hacia ella, al mismo tiempo que se lanzaba hacia él. Rowan le sirvió de colchón cuando ambos cayeron sobre la alfombra. Mari lo cubrió con su cuerpo y con sus besos con una intensidad arrebatadora. Ella había encontrado una forma de distraerse de su tristeza y él estaba más que dispuesto a ayudarla a hacerlo. Los dos lo necesitaban.

Necesitaban una forma de dar salida a todas las emociones frustradas que se agolpaban en sus pechos.

Mari meció las caderas contra la erección de él con un erótico vaivén. Un gemido de placer se le escapó de los labios mientras mordisqueaba la oreja a su amante. Ya no había por qué guardar silencio. La suite estaba vacía. Demasiado vacía. En su primer encuentro sexual habían tenido mucho cuidado de no despertar a la niña, por lo que no habían querido perder el control del todo mientras se habían descubierto el uno al otro por primera vez.

Esa noche, no había razón para no dejarse llevar por el más puro placer.

Dejando a un lado sus pensamientos, Rowan se concentró en Mari y en que ella estuviera tan excitada como él. Le levantó el vestido hasta dejar al descubierto la dulce curva de su trasero.

Luego se pegó a ella y los dos comenzaron a moverse al mismo ritmo, con una sincronía que habían descubierto juntos la noche anterior.

Mari se sentó sobre su erección y le abrió la camisa de un tirón. Mientras sus jadeantes respiraciones se fundían en una sola, él le quitó el vestido, hasta dejarla solo con una ropa interior de satén verde pálido.

Al parecer, a ella le gustaba la ropa interior suave y femenina, pensó Rowan. Y a él le encantaba quitársela. Tiró el sujetador y, después, metió la mano en sus braguitas hasta que se rompió la fina tira que las mantenía en su sitio. El último pedazo de tela que la cubría cayó a un lado.

Mari sostuvo la cabeza de él entre las manos, colocándola entre sus pechos. Sus demandas hacían que Rowan se excitara todavía más. Con sumo deleite, se dio un festín, mientras los gemidos y suspiros de su amante lo volvían loco. Así, era más fácil centrarse en el presente y no pensar en lo mucho que a él también le había dolido ver partir a Issa…

Mari le desabotonó los pantalones.

— El preservativo — rugió él —. En el bolsillo.

Rowan levantó el trasero del suelo y ella deslizó la mano detrás para sacar el paquete. Por suerte, él había sido lo bastante previsor como para guardarse uno en el pantalón, porque no podía soportar la idea de parar aunque solo fuera un instante para ir a buscarlo a su cuarto.

A continuación, Rowan notó que su amante lo acariciaba con suavidad. Su erección latió ante tan sensual contacto, mientras ella le ponía el preservativo y, después, lo guiaba a su húmedo interior. Él echó la cabeza hacia atrás, mientras entrelazaban sus dedos y se dejaba montar por ella, rindiéndose a su ritmo, rápido y fuerte, entre gemidos y gritos de placer. En ese momento, ambos estaban sumergidos en un desesperado impulso para bloquear el dolor de la pérdida.

Rowan sintió cómo se iba acercando al orgasmo, cada vez con más intensidad. Apretó los dientes, intentando contenerse un poco más. Entonces, al mirarla a los ojos, mientras en sus oídos retumban sus dulces y femeninos gritos de placer, comprendió que también Mari estaba al borde del éxtasis. Con unas pocas arremetidas más, el clímax lo invadió, al mismo tiempo que el cuerpo de ella se contraía a su alrededor.

Cuando Mari se dejó caer entre sus brazos, Rowan la recibió sobre su pecho, sumergiéndose en el calor de su piel, el latido de su corazón… todo en ella lo volvía loco.

El aire frío sobre sus cuerpos trajo consigo los primeros fragmentos de realidad, mientras el mundo volvía a cobrar forma, poco a poco, a su alrededor. El dolor de haber perdido a Issa amenazó de nuevo con cerrar sus garras sobre Rowan, por eso, debía aferrarse a lo que tenía con todas sus fuerzas. Era demasiado pronto para tomar a Mari de nuevo, pero eso no excluía otras placenteras posibilidades.

Después de colocarla boca arriba, Rowan la besó en la boca, en la mandíbula, en el cuello, inhalando su olor a flores. Le recorrió la espalda con las manos una y otra vez, mientras ella se dejaba hacer. Sonriendo, él le mordisqueó un poco más abajo, saboreando un pecho y, luego, el otro.

— ¿Rowan?

— Shhh… — susurró él contra uno de sus pezones humedecidos y erectos. Sin esperar que ella continuara, se lo metió en la boca y lo acarició con la lengua.

Trazando un camino de besos, bajó hasta que llegó a sus muslos y sumergió la cabeza entre sus piernas. La saboreó, haciéndola gemir y suplicar más. Él no tenía problemas en dárselo.

Un primitivo instinto de posesión se adueñó de Rowan. Mari era suya, pensó, mientras la sujetaba de las nalgas y la apretaba contra su boca, dándole placer hasta que ella hundió los dedos en su pelo. La llevó al borde del clímax, solo para apartarse y volver a hacerlo una y otra vez, pues sabía que el orgasmo sería más fuerte cuanto más lograra alargar su llegada.

Con la cabeza hacia atrás, Mari gritó el nombre de él, recorrida por un mar de deliciosos espasmos. Levantó las manos hacia arriba, las chocó contra una mesa y una lámpara cayó al suelo, haciéndose pedazos.

Rowan levantó la cabeza para contemplar cómo la satisfacción se dibujaba en el rostro de ella. Pero la brisa de la noche volvió a envolverlos, amenazante.

Solo había una manera de superar el resto de la noche, pensó Rowan. Y era hacerle el amor a Mari hasta que los dos cayeran exhaustos. Poniéndose de rodillas, deslizó los brazos detrás de ella y la levantó con él, sin dejar de abrazarla.

Mari le rodeó el cuello con un brazo y apoyó la cabeza en su pecho, todavía jadeante por el reciente orgasmo. La llevó al dormitorio, caminando con los pantalones a medio bajar.

Diablos, todavía no se los había quitado del todo.

La depositó sobre la cama y, al ver su cuerpo desnudo, sus largas piernas y sus suaves curvas, una poderosa erección volvió a marcarle el camino. Solo quería perderse en aquel cuerpo, olvidar durante unas horas lo vacía que había quedado su suite…

No quedaba nada del bebé. Ni dulces canciones de cuna, ni ositos de peluche, ni nada.

Todo había desaparecido, igual que Issa, su razón para permanecer juntos.

Capítulo 11

Mari pasó toda la noche entre los brazos de Rowan. Cuando la luz de la mañana entró por las ventanas, él sugirió que salieran del hotel y de aquella suite, donde todo les recordaba a Issa. Y ella aceptó de inmediato, sin titubear ni un momento.

Mientras se estiraba en una hamaca en la cubierta del velero, Mari miró hacia el cielo azul y las gaviotas. Las olas chocaban contra el casco con acariciadora languidez.

Rowan había alquilado un velero de lujo para pasar el día en una playa desierta.

Los días que había pasado con la niña le habían calado muy hondo a Mari y le habían hecho darse cuenta de todas las cosas que le faltaban en la vida, como amor, una familia. Tenía que reconocer que había estado dándole la espalda a demasiadas cosas. Eso no significaba que tuviera idea de cómo arreglarlo, admitió para sus adentros, mientras observaba a Rowan.

Él estaba al timón, con la camisa abierta al viento y el sol brillando en su pelo. Rowan le había hecho el amor, hasta que los dos habían caído exhaustos. Mari tenía la sensación de que Rowan se sentía tan confuso y vacío como ella.

Por la mañana, Rowan la había sorprendido con un regalo, unas pulseras que ella había estado admirando en el mercadillo la primera noche que salieron juntos con Issa.

Rowan manejaba las velas con maestría, mientras el casco surcaba el agua hacia una cala vacía, enmarcada entre exuberantes montañas. Habían bordeado la costa durante toda la mañana hacia una isla vecina que tenía un puerto privado.

Ojalá el dolor de su corazón fuera tan fácil de dejar atrás, pensó ella.

Poniéndose boca abajo, Mari estiró su toalla y apoyó la barbilla sobre las manos. Miró hacia las rocas que sobresalían del agua a lo largo de la costa. Contempló a los pelícanos sumergirse para capturar peces. Las palmeras se mecían al viento en la costa desierta, bordeando playas de arena blanca.

Era un escenario de paz y perfección que le traía recuerdos de lugares similares donde había pasado las vacaciones de niña con sus padres.

Frunciendo el ceño, se tumbó de nuevo y volvió la cabeza hacia Rowan.

— ¿No deberías estar al timón?

— Hemos atracado — informó él, y se sentó a su lado, vestido solo con un bañador y la camisa abierta, mientras la brisa le soplaba en el pelo —. Ven, vamos a tomar algo.

Ella agarró la mano que le tendía y lo acompañó al bar.

— Podías haberme contado adónde íbamos. ¿Por qué tanto misterio?

— Quería sorprenderte — repuso él. Entonces, saltó a la cubierta inferior y la sujetó de la cintura para bajarla con él. Allí los esperaban dos vasos de refresco de mango, ante unos cómodos cojines para sentarse —. Además, querida y bella científica, necesitas divertirte.

— Me divierto — aseguró ella, y le dio un trago a la deliciosa y dulce bebida. Sin poder evitarlo, se puso a la defensiva —. Mi trabajo es divertido.

Rowan la miró por encima de sus gafas de sol, arqueando las cejas.

— De acuerdo. Digamos que mi trabajo es satisfactorio. Pero tampoco recuerdo haber estado tan aburrida cuando estábamos en el bar anoche.

— Tienes razón — admitió él —. Te he traído conmigo porque quiero que te ablandes y sucumbas a mis encantos cuando trate de seducirte dentro de un rato — añadió y le acarició la frente, queriendo librarla de todas sus preocupaciones —. Ah, espera. ¡Si ya te he seducido!

— Quizá fui yo quien te sedujo.

Mari se quitó las gafas e hizo lo mismo con las de él. Acto seguido, se inclinó para besarlo, ansiosa por deshacerse de todas las preguntas que le asaltaban la mente.

Por ejemplo, se preguntaba qué pasaría cuando terminara el congreso.

— ¿A quién le toca tomar la iniciativa ahora? — inquirió él, quitándole a Mari el vaso de las manos.

— He perdido la cuenta — contestó ella, mientras lo recorría con la mirada de forma provocadora.

— Princesa, tus cumplidos son encantadores — dijo él, acariciándole el rostro.

— Dices cosas muy extrañas — repuso ella, al mismo tiempo que le tocaba los labios con la punta del dedo.

— Estamos aquí para divertirnos, no para psicoanalizarnos.

— Me alegro, porque a mí se me da fatal analizar a la gente — reconoció ella con la boca torcida.

— ¿Por qué dices eso?

— Igual es porque siempre fui un poco rarita.

— Y muy sexy — añadió él, y le mordisqueó el dedo con suavidad.

— Eres…

— ¿Qué?

— No tengo palabras para ti.

— Me alegra saber que te dejo sin palabras, como tú a mí — admitió él, con gesto serio.

— Siempre me he considerado una persona directa. Algunos dirían que aburrida — dijo ella, encogiéndose al reconocerlo —. La rutina me resulta cómoda.

— Dime quién te ha llamado aburrida y…

— No pasa nada — lo tranquilizó ella, tapándole la boca con la mano —. Pero gracias. En el colegio, no se me daba bien hacer amigos. No encajaba por muchas razones, desde mi coeficiente intelectual hasta mi origen real. Además, era mucho más joven que mis compañeros de clase. Como era princesa, me veían diferente y nunca tuve verdaderas amigas.

— Yo tampoco encajaba muy bien en el colegio — señaló él, rodeándole los hombros desnudos con el brazo.

Mari se apoyó en él, contemplando las aguas cristalinas. Su país era una increíble mezcla de exuberancia y pobreza.

— No tienes que inventarte cosas para hacerme sentir mejor.

Me acepto como soy.

— No me invento nada. Mis amigos de la Hermandad y yo éramos unos marginados. Por suerte, el rector de nuestro reformatorio encontró la manera de enderezarnos y mostrarnos maneras de ser útiles a los demás.

— ¿A todos vosotros? Eso es admirable.

— A todos, no — respondió él, poniéndose un poco tenso— .

Algunos habían llegado demasiado lejos como para ser rehabilitados — añadió con un suspiro —. Puede que hayas leído la noticia sobre Malcolm Douglas, el empresario. Era compañero nuestro. Perdió su camino, olvidó las reglas y la integridad.

— ¿Ese Malcolm es otro de tus amigos de la Hermandad?

— Malcolm y yo no somos muy íntimos, pero es mi amigo, sí — afirmó él — . No somos perfectos, pero mis compañeros y yo sabemos que podemos contar los unos con los otros para lo que sea.

— Como el propietario del casino que donó fondos para fundar tu clínica…

— Eso es. Siempre fue un cerebrito y un genio de los negocios. Heredó una gran fortuna de su padre y la usaba para manipular el mercado de valores y castigar a las empresas que usaban talleres de fabricación

clandestinos.

— Parece que todos compartíais un alto sentido de la justicia.

— Al principio, no nos llevábamos bien. A mí me gustaba pensar que no era como ellos. Mis padres no eran millonarios, ni yo tenía un cerebro excepcional, como le pasaba a Douglas. Me creía mejor que aquellos jovencitos malcriados.

— Aun así, Conrad debe de respetarte mucho para haber invertido en tu clínica.

— Si te soy sincero, estoy donde me ves hoy a causa de una galleta — dijo él, riendo con suavidad.

— ¿Una galleta?

— Mi madre solía enviarme paquetes de galletas de mantequilla de cacahuete con pepitas de chocolate — recordó él con una sonrisa en los labios —. Un día, estaba en mi cuarto, haciendo los deberes y comiendo galletas. Cuando levanté la vista, sorprendí a Conrad mirando las galletas como si fueran caviar. Yo sabía que, por su orgullo, nunca las aceptaría si se las ofrecía.

Mari apoyó la cabeza en su pecho, inspirando su aroma.

— En aquellos tiempos, todos estábamos muy enfadados con la vida. Pero las galletas y las cartas de mi madre me ayudaban a sobrellevar la culpa, cuando ni yo mismo podía perdonarme por lo que había hecho.

Pero había sido su familia quien había actuado mal, no él, pensó Mari. ¿Acaso no se daba cuenta de que lo habían sacrificado para salvar a su hermano?

— Una semana después, lo vi en la zona de visitas con su padre. Yo estaba muy celoso, pues mis padres no podían costearse el billete de avión para visitarme… pero me di cuenta de Conrad y su padre estaban discutiendo. Por lo que Conrad gritaba, parecía que su padre quería timar a los padres de Troy para que invirtieran en una de sus empresas fantasma. Conrad estaba furioso. Llegaron a las manos y dos guardias de seguridad tuvieron que ir a separarlos.

Al imaginarse la tormentosa adolescencia de Rowan y sus amigos, Mari se avergonzó por sus quejas sobre su propia infancia. Su vida había sido mucho más tranquila. Había tenido dos padres que la querían, dos hogares y, aunque se había pasado años de un lado para otro, siempre había vivido en el lujo más exquisito.

— ¿Y la galleta?

— Conrad se pasó un par de días en la enfermería. Su padre le había dislocado un hombro de un golpe. A mí me dio lástima Conrad, así que le envolví una galleta en una servilleta y se la dejé en la cama. Y por eso estoy aquí hoy. Solo quiero que entiendas por qué mi trabajo es tan importante para mí y que no habría podido quedarme con Issa, aunque sus parientes no hubieran aparecido. Si me quedara con todos los huérfanos que llegan a mi puerta, no podría mantener lo que tanto he luchado por construir. La clínica… lo es todo para mí. Me ayuda a llenar el vacío que me dejó la muerte de Dylan y me ayuda a pagar por las vidas perdidas.

Se había dedicado a una misión muy noble, aunque para ello se había labrado un destino de soledad, adivinó Mari, con el corazón encogido por él.

Agarrándolo por la nuca, levantó la boca hacia él con pasión.

— Ahora — le rogó ella, y le metió la mano en el bolsillo para buscar un preservativo.

Rowan le separó las rodillas, mientras ella le quitaba el bañador y liberaba su tremenda erección. Luego, le rodeó con las piernas por la cintura, abriéndose a él. Rowan la penetró una y otra vez, al mismo tiempo que admiraba su belleza, sus pechos turgentes, su cabello moviéndose con cada arremetida. El barco se mecía al mismo ritmo que ellos, sus gritos de placer entremezclados con la brisa.

En ese momento, Mari se sintió unida a él, identificada con él. De pronto, comprendió que Rowan era un ser solitario, igual que ella. Y ansiaba cambiarlo, aunque no sabía cómo.

Después de haberse dado cuenta de que ella misma había sacrificado demasiadas cosas por su profesión, comprendía a aquel hombre que estaba dispuesto a dejarlo todo de lado por su trabajo.

Con el sabor a mar, sudor y a Mari todavía en la piel, Rowan abrió la puerta de su suite al día siguiente, rezando porque su sensación de pérdida hubiera desaparecido.

Tal vez Mari y él podían compartir algo, un futuro en común.

Al menos, ambos se parecían en que estaban dedicados a su trabajo. Quizá podían unir sus fuerzas y trabajar juntos…

Solo esperaba poder convencer a Mari de ello.

Al entrar en la habitación junto a Mari, Rowan se paró de pronto, alerta. Había alguien allí.

Cuando Elliot Starc se levantó del sofá, Mari apretó la mano de Rowan. Al parecer, ella había reconocido al famoso piloto de carreras y modelo de lencería masculina.

— Buenos días, Elliot. ¿Te han echado de tu propia habitación? — saludó Rowan, no demasiado contento de que su amigo interrumpiera su intimidad con Mari.

Riendo, Elliot le estrechó la mano a Mari.

— Princesa, es un placer conocerte.

— Encantada. Supongo que es usted uno de los compañeros de la Hermandad de Rowan.

— ¿Se lo has contado? — le preguntó Elliot a su amigo, sorprendido.

— Hemos hablado de cosas.

— Bueno, me dejas perplejo. Ese bebé tuvo suerte de aterrizar en la habitación de Rowan — le indicó Elliot a Mari — .Gracias a nuestros contactos en la Interpol, todos habéis estado a salvo y hemos podido encontrar una solución rápida.

Maldición, se dijo Rowan, al oírle mencionar a la Interpol.

Mari clavó los ojos en él.

— Eso me recuerda la razón por la que he venido — continuó Elliot —. He

enviado un correo electrónico con el informe de los detalles de seguridad, pero ahora tengo que volver a entrenar, para que no vuelva a prenderme fuego el pelo en otra carrera.

— Gracias, amigo — dijo Rowan con una sonrisa forzada.

— ¿Interpol? — preguntó Mari, frunciendo el ceño.

Elliot se giró hacia Rowan.

— Dijiste que le habías contado lo de la Hermandad.

— Le conté que éramos compañeros de clase, nada más — informó Rowan —. Amigo mío, has tomado conclusiones demasiado apresuradas.

— Es una princesa. Has estado cuidándola — repuso Elliot, rascándose la cabeza —. Pensé… Diablos. Yo… — balbució, levantó las manos y se dio media vuelta para irse.

Mari se dejó caer en el sofá.

— ¿Eres de la Interpol? — preguntó ella con un largo suspiro— .

Claro que sí.

— Soy médico. Esa es mi primera misión en la vida — contestó él, arrodillándose ante ella —. Pero ayudo a la Interpol de vez en cuando. Nadie sospecha de un médico acostumbrado a viajar a países lejanos.

Rowan se percató de que Mari empezaba a encerrarse en sí misma.

— Es tu trabajo. Lo entiendo.

— ¿Estás enfadada porque no te lo haya contado?

— ¿Por qué ibas a hacerlo? No es asunto mío. Tu amigo…pensó que había entre nosotros más de lo que hay. No te preocupes. No diré nada. Comprendo que es como si estuvieras casado con tu trabajo — señaló ella con gesto contenido y pose regia.

— Esto no cambia nada entre nosotros. Podemos seguir trabajando juntos.

— Trabajar… sí… — balbució ella con mirada sombría.

— ¿Estás bien?

— Tengo que digerir muchas cosas. Lo de Issa, esto…

Rowan la abrazó, pero ella se apartó.

— Estoy aquí para lo que quieras.

— Te agradecería que me trataras como una igual en vez de comportarte como un médico benevolente y paternalista.

— Discúlpame por intentar ser amable — dijo él, levantando las manos en gesto de rendición.

— Siempre eres amable, un santo. Te dedicas a salvar el mundo y lo usas como escudo para no acercarte a nadie.

— ¿De qué demonios estás hablando?

— Eso. Enfádate — le espetó ella, cruzándose de brazos —. Al menos, así muestras tus verdaderos sentimientos. Aunque no somos iguales, ¿verdad? Tú eres el médico filántropo y agente secreto. Y yo un bicho raro que se encierra en su laboratorio.

— Creí que habíamos dejado atrás nuestras diferencias — replicó él. Sus palabras le resultaban muy duras, cuando solo pretendía ayudarla a superar la separación de Issa.

— No estoy hablando de eso y lo sabes. Eres un hombre listo.

— La genio eres tú, así que por qué no me lo explicas.

— Quieres que llore y me abra a ti — le gritó ella, apuntándolo con el dedo —. ¿Y tú? ¿Cuándo vas a abrirte a mí? ¿Cuándo me vas a contar algo aparte de tu dedicación a la medicina?

— Te he hablado de mi pasado.

— ¿Y me has dejado acercarme? — rugió ella, furiosa —. Te sientes cómodo solo si eres tú quien me consuela a mí. Pero no quieres aceptar que tú también necesitas consuelo. También sufres por la pérdida de Issa.

¿Te permitiste siquiera llorar por tu hermano?

Las palabras de Mari lo golpearon como una bofetada.

— No te atrevas a usar a mi hermano contra mí. Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

— Tiene todo que ver. Dime qué sientes.

Mari esperó mientras él buscaba las palabras adecuadas. Sin embargo, Rowan no supo qué decir.

— Es lo que pensaba — dijo ella con tristeza.

Como un torbellino, Mari salió del cuarto. Rowan pudo oír cómo lanzaba su maleta a la cama, escuchó su llanto sofocado y la oyó cerrar el pestillo.

Lo había fastidiado todo, se dijo él.

Capítulo 12

El congreso había terminado. Y su semana con Rowan.

Ante el espejo, Mari se recogió el pelo en un moño. La fiesta de esa noche sería su despedida.

Al menos, según la prensa y según los informes de los amigos de Rowan, Issa se estaba adaptando bien a su nuevo hogar. Y eso era una bendición por la que Mari daba gracias.

Después de su confrontación con Rowan, había esperado que luchara por ella con la misma fuerza que luchaba por su trabajo. Sin embargo, no había vuelto a saber nada de él.

Se alisó el reluciente vestido rojo de escote palabra de honor ajustado y largo hasta el suelo. Nunca se había puesto nada parecido. Pero esa noche sería reina por un día.

Con cuidado, se colocó una tiara de diamantes en la cabeza y salió de la habitación.

Mientras esperaba el ascensor, se le encogió el estómago de nervios al pensar en la multitud que la esperaba abajo y, sobre todo, porque sabía que vería a Rowan.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron ante ella, se quedó perpleja.

— ¿Papá?

Su padre estaba allí. Pero lo más sorprendente era que su madre estaba a su lado.

— ¿Bajas, cariño?

Atónita, Mari entró.

— ¿Qué hacéis aquí… juntos? — preguntó Mari, mientras su madre la abrazaba con fuerza.

El aroma familiar de su madre la envolvió. Susana Mandara llevaba un traje de noche verde, con el pelo rubio recogido en un elegante moño.

— Feliz Navidad, princesita — le dijo su padre, besándola en la frente.

— Tu padre y yo tuvimos una hija juntos — dijo Susan, tomando el rostro de su hija entre las manos —. Es un vínculo que nos unirá para siempre. Hemos venido a apoyarte y a ayudarte con la prensa.

¿Acaso pensaban que no podía manejarse sola?, se preguntó Mari.

— Hubiera apreciado que os unierais así cuando era niña.

— Nos hemos ablandado con la edad — admitió Susan, acariciándola — . Me hubiera gustado haberte ofrecido una infancia más fácil.

— Estás preciosa. Eres la princesa que siempre quise que fueras — dijo su padre.

— Lo dices porque me he arreglado un poco — repuso Mari con una sonrisa forzada —. Pero te aseguro que odio los trajes de gala y las cenas de jefes de estado.

— Y te sigue preocupando la gente. Serás una buena líder para nuestro pueblo — opinó su padre y le tendió el brazo cuando el ascensor llegó a la planta baja —. Señoras, ¿vamos?

La música de villancicos inundaba la planta desde el salón de baile. Había mesas llenas de comida típica de Cabo Verde.

Al llegar a la entrada del salón, todos los ojos se posaron en Mari. Por un momento, se quedó clavada al suelo, mientras las cámaras la apuntaban sin cesar. Sin saber qué hacer, recorrió la sala con la mirada. Estaba llena de colegas médicos vestidos en sus mejores galas y de grandes personalidades locales.

Entonces, vio a Rowan, imponente, de esmoquin, el pelo peinado hacia atrás y los ojos ardientes y clavados en ella. Se acercó a ella con decisión. Todo el mundo los observaba, mientras ella tenía el corazón en

la garganta.

— Señor, creo que su hija y yo le debemos un baile a la prensa — dijo Rowan, deteniéndose delante de ellos, tras saludar al padre de Mari con la cabeza.

¿Cómo podía Rowan presentarse así, como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si no se hubieran desnudado en cuerpo y alma el uno ante el otro? Por un instante, Mari tuvo deseos de darle una patada. Pero había elegido esa noche para brillar con luz propia y se negaba a que él se lo estropeara. Así que le dio la mano y lo siguió a la pista de baile.

Rowan hizo un gesto a la banda, que empezó a tocar el *Ave María*.

Mari se dejó llevar en los brazos de él, al son de la música, mientras los ojos curiosos y las cámaras se cebaban con ellos.

— Me gusta la canción que has elegido — le comentó ella.

— Me pareció apropiada — repuso él, recorriéndola con la mirada, el ceño fruncido.

— ¿No te gusta el vestido?

— Me gusta la mujer que lleva el vestido. Si hubieras prestado atención, te habrías dado cuenta de que era eso lo que te decían mis ojos, mucho antes de que cambiaras de vestuario.

— ¿Entonces, por qué frunces el ceño?

— Porque quiero que la farsa de esta semana termine.

— Ah — dio ella, demasiado afectada por sentir el contacto de él en la cintura y en su mano.

— ¿Me crees? Respecto a lo del vestido — preguntó él, mientras sus cuerpos se movían al unísono, igual que cuando habían hecho el amor.

— Creo que siempre hemos sido honestos el uno con el otro.

— En ese caso, ¿por qué duermes en otra habitación?

— Oh, Rowan — dijo ella con tono agridulce —. Nuestro problema no es

el sexo.

— ¿Y cuál es?

— La forma en que te cierras a mí… y a todo el mundo. He tardado mucho tiempo en comprender que merezco mucho más. Y tú, también.

— Me parece que, entonces, no hay nada más que decir.

La canción terminó y, con un grácil movimiento, Rowan se detuvo con ella delante de sus padres.

— Con el debido respeto, señor, cuide mejor de ella.

La madre de Mari intentó camuflar su risa.

— ¿Cómo dice?

— Necesita llevar guardaespaldas. Es una princesa y merece que se la cuide y se la proteja como tal.

Acto seguido, Rowan hizo un saludo con la cabeza y desapareció entre la multitud.

Cinco horas después, Mari se acostó en la habitación doble, con su madre en la otra cama.

— Mamá, ¿no tenemos bastante dinero como para que tengas tu propia habitación?

Susan miró a su hija en la penumbra, iluminada solo por la luz de la luna.

— La verdad es que creí que te quedarías con el doctor Boothe. Y, aunque tu padre y yo hemos hecho un esfuerzo por llevarnos bien, no vamos a compartir habitación.

La brisa nocturna entró por las ventanas abiertas, moviendo las cortinas.

— Rowan y yo no somos pareja — afirmó Mari —. Fue solo una…aventura — añadió. Aunque con él había pasado los días más increíbles de su vida.

— Mari, cariño, no eres la clase de chica que tiene una aventura — le

recordó su madre con afecto —. ¿Por qué no quieres estar con él?

— Estoy demasiado disgustada como para hablar de ello — admitió Mari con lágrimas en los ojos, sin poder quitarse de la cabeza la sensación de sus cuerpos pegados durante el baile.

— Yo cometí el mayor error de mi vida cuando tenía tu edad — confesó su madre, incorporándose en la cama.

— Casarte con mi padre, ya.

— No. Casarme con el hombre que amaba fue acertado.

Donde me equivoqué fue al pensar en que podía cambiarlo — afirmó Susan —. Aunque también él creyó que podía cambiarme.

Los dos fallamos. Él debió haberse dado cuenta de que era mi espíritu libre lo que lo había enamorado y yo debí haber reconocido que era su devoción por su país lo que me había atraído de él.

— No lo entiendo, mamá.

— Tu padre y yo no hacíamos buena pareja. Ni éramos muy buenos padres. Pero tú resultaste ser una hija maravillosa — señaló su madre llena de orgullo —. Quizá, si nos hubiéramos enfocado más en las cosas que se nos daban bien, hubiéramos podido seguir juntos.

Mari ansiaba poder confiarle a su madre los detalles de su discusión con Rowan. Sin embargo, no sabía cómo empezar.

— ¿Sabes lo difícil que es amar a un santo?

— ¿Lo amas? — preguntó su madre.

— Claro que sí. Lo que pasa es que no sé cómo llegar a él.

— Lleváis juntos… ¿cuánto? ¿Una semana? Creo que os estáis rindiendo demasiado rápido.

— Lo conozco desde hace años — se defendió Mari —. Y ha sido una semana muy intensa.

— Creí que eras más lista que yo — comentó su madre, apretándole la

mano con cariño —. Piensa en ello. Buenas noches, cariño.

Mari se quedó mirando hacia la costa, donde las olas rompían bajo las palmeras. Rowan había hecho mucho para consolarla, no solo con palabras, sino con acciones, como el día que la había llevado a navegar, lejos del hotel y de dolorosos recuerdos.

¿Y qué había hecho ella por él?

Ella se había limitado a exigirle que cumpliera sus expectativas, en lugar de aceptarlo como era. Sin embargo, aun cuando ella había estado en desacuerdo con él, Rowan la había aceptado y apreciado y había respetado su opinión.

Diablos, se dijo Mari. Él se había acercado a ella de la única forma que había podido y ella lo había rechazado. Le había dicho que lo que le ofrecía no le bastaba, quizá por temor a no ser suficiente para él.

Sin embargo, estaba a tiempo de enmendarse, se aseguró a sí misma, llenándose de confianza.

Era hora de luchar por el hombre al que amaba, pues lo quería con todas sus imperfecciones, por muy santas que fueran.

Rowan siempre solía alegrarse cuando regresaba a su clínica. Acostumbraba a pasar allí las navidades, ocupándose de sus pacientes.

Sin embargo, en esa ocasión, algo en el ambiente le encogía el corazón. Los regalos que había comprado para sus niños no eran más que un recordatorio del día que había ido de compras con Mari.

Se sumergió en el trabajo, para no pensar. Con el teléfono sujeto en el hombro, escuchó el informe de Elliot sobre los progresos de Issa con su familia, mientras examinaba en el ordenador los datos de una mujer que estaba a punto de dar a luz.

Su clínica tenía sala de operaciones y treinta camas para sus pacientes. No era muy grande, pero era eficiente. Estaba diseñada para atender desde partos a vacunaciones o tratamiento del sida. Y tenía una zona dedicada a recién nacidos portadores del síndrome, que eran los que más ayuda necesitaban.

Dos enfermeras charlaban en el pasillo, impregnado de olor a desinfectante. Aparte de eso, todo estaba silencioso a aquellas horas de la noche.

— Elliot, tengo que irme. Me espera la cena de Nochebuena.

En realidad, le esperaba un plato que calentar en el microondas. No podía parar de pensar en Mari, hermosísima con aquel vestido rojo.

— Ay, Rowan, creí que eras más listo que yo…

— Termina ya, Elliot. ¿Qué quieres decirme? — preguntó Rowan a su amigo, que después de informarle sobre Issa se había pasado un buen rato contándole sus vacaciones en Australia.

— ¿Por qué diablos has dejado ir a esa mujer? Estás loco por ella y ella por ti. Y la química… Cada vez que os mirabais, saltaban chispas.

— Ella no me quiere en su vida — explicó Rowan.

— ¿Te lo ha dicho?

— Muy claramente — afirmó Rowan —. Creo que me dijo algo así como «que te vaya bien».

— ¿Y quieres seguir siendo un pobre desgraciado o piensas salir a la puerta de la clínica para reunirte con Mari?

Rowan se levantó de un salto de la silla.

— ¿De qué demonios hablas? — le espetó Rowan, corriendo a la ventana.

— Sí. Pero me has encargado de la vigilancia y pensé que eso incluía seguir a Mari. Si mis conexiones de GPS son buenas, debe de estar a punto de llegar.

Rowan vio un coche entrando en la calle. ¿Podía ser ella?

— Rowan, asegúrate de ser tú el primero en decirle que la quieres, pues es ella quien ha ido a verte. Feliz Navidad, hermano.

¿Quererla?

Claro que la quería, reconoció Rowan. Y la admiraba y la deseaba. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Por suerte, sus amigos lo conocían lo bastante como para haberle dado el empujoncito que necesitaba.

Y, por suerte, Mari no se había rendido. Ella estaba allí.

Con el corazón en la boca, Rowan salió corriendo, al mismo tiempo que el coche aparcaba detrás de una ambulancia.

Entonces, vio el hermoso rostro de Mari. Ella salió despacio del coche, con un vestido de seda que se amoldaba a su cuerpo.

— Has venido.

— Claro. Es Navidad — dijo ella, acercándose, mientras los brazaletes que él le había regalado bailaban en sus muñecas — ¿Dónde iba a estar, si no es como el hombre al que a…?

Rowan posó un dedo en sus labios, haciéndola callar.

— Te quiero, Mariama Mandara. Y haré lo que haga falta para merecer tu amor.

Tomándola entre sus brazos, la besó con pasión, sumergiéndose en su calidez.

Cuando sus bocas se separaron, Mari le sonrió.

— Tenía preparado un discurso especial, pero no me has dejado…

— Solo quiero que sepas lo mucho que te amo…

— Lo sé. Me lo has demostrado — afirmó ella —. Mi corazón lo sabía. Igual que sabe que estamos hechos el uno para el otro.

— Me tienes hipnotizado desde la primera vez que te vi — afirmó él, lleno de amor y de deseo.

— Entonces, doctor Boothe, encontremos un sitio para que puedas desenvolver tu regalo de Navidad.

Fin

Visita esta página:

http://e-brujada.blogspot.com/